

El acercamiento a las fuentes bíblicas

VICTORIANO CASAS

I. LA TIERRA Y EL PUEBLO

Epoca y situación sociopolítica y religiosa.

Antecedentes de Jesús: Historia y religión de Israel

Jesús fue un judío creyente y piadoso. Vivió en Nazaret, practicó la Ley según el espíritu de los fariseos, que eran los más «religiosos» de los judíos de entonces.

Trabajó manualmente hasta más o menos la edad de treinta años. Fue entonces cuando, bautizando al profeta Juan el Bautista al pueblo, El también fue bautizado, inaugurando así su vida como hombre público: andariego, maestro reconocido por los sencillos y pequeños de su pueblo, amigo y buscador de despreciados y descreídos, enfermos y pobres, ignorantes y marginados. Todo este período público de su vida duró de dos a tres años.

Fue El quien escogió a algunos hombres, pescadores y campesinos, como discípulos. Junto con ellos proclamó, mediante, sobre todo, su tipo de vida (sus gestos y sus palabras), la venida del Reino de Dios. Que sepamos hasta ahora, El nunca escribió nada. No fue intelectual ni tuvo estudios académicos, sistemáticos o universitarios.

Los dirigentes y responsables de los «poderes fácticos» de su pueblo lo acusaron a los romanos, que habían invadido también su país. De manera que fue condenado a muerte de cruz por indeseable.

1. Marco sociocultural y geográfico del mundo de Jesús

Palestina era una provincia romana desde el año 63 a. de C. Cuando Jesús actúe públicamente, Judea y Samaría —las dos provincias de Palestina— están bajo la administración directa de un procurador de Roma. Su nombre era el de Poncio Pilato, que firmó la condena a muerte del profeta Jesús de Nazaret. La provincia del norte, Galilea, de donde procedía Jesús, estaba sometida al tetrarca judío Herodes Antipas. Todo el país, sin embargo, dependía, en definitiva, del legado de Roma en Siria.

Los poderes imperiales de Roma mantenían la «táctica» de conocer cierta «autonomía» vigilada a las autoridades locales de los pueblos invadidos. Así, en Judea-Samaría, era el Sumo Sacerdote quien ejercía gran parte del poder, reconociendo de este modo los ocupantes la ley judía. De hecho, este poder sacerdotal se extendía hasta Galilea.

En cada ayuntamiento, los asuntos eran tratados por un consejo de notables, llamado *sanedrín*. El más conocido sin duda era el *Gran Sanedrín de Jerusalén*, que era una especie de *Corte Suprema*, compuesta por 71 miembros. Lo presidía el Sumo Sacerdote en funciones. De este Sanedrín de Jerusalén formaban parte *tres grupos*: a) *La aristocracia sacerdotal*, representada por los «sumos sacerdotes» —tanto el que ocupaba el cargo como los que habían ocupado—, asimismo lo forman otros sacerdotes, que ejercen funciones de importancia en el Templo. b) *La nobleza laica* o los *ancianos*, cabezas de las familias influyentes o *jet society* de Jerusalén. c) *Los escribas*, representantes de la intelectualidad, provenientes del *movimiento fariseo*, al tiempo que *los ancianos* y el *alto clero* pertenecían al *movimiento saduceo*.

La población de Palestina en aquel tiempo era *heterogénea*. En Jerusalén la mayoría es judía. En el resto de las ciudades —sobre todo a lo largo de las vías de comunicación entre Egipto y Siria, como son el litoral mediterráneo y Galilea— es más plural en raza y cultura. Esto último engendraba ciertas tensiones. Galilea sobre todo era una verdadera mezcla de razas y culturas.

La sociedad palestina puede dividirse globalmente en dos clases:

- a) *Un pequeño grupo privilegiado*, con cierto poder económico: Son la aristocracia herodiana y las grandes familias sacerdotales. Religiosamente este grupo privilegiado se relaciona con el movimiento saduceo.

- b) *El pueblo*: Comerciantes, artesanos, de cierta prosperidad relativa, de donde surgirán los escribas —fariseos o no—, y más tarde los rabinos y, junto con esto, la gran masa del *pueblo de la tierra* (= Am ha-aretz), término injurioso, que abarca a los pobres, ignorantes, verdaderas clases pasivas, despreciadas por la *élite* religiosa. Será el pueblo quien soporte verdaderamente los impuestos de la administración romana y judía y el que pague los diezmos al templo. Las malas cosechas, «los años malos» o la recesión/crisis económica empujarán con frecuencia a estas masas populares a unas condiciones de vida miserables, con sus manifestaciones preocupantes de paro, hambre, desnutrición, mendicidad... De ahí que no fuese extraño el que de tanto en tanto brotasen revueltas.

Los recursos del país son esencialmente agrícolas. La industria prácticamente no existe y el comercio está poco desarrollado. Los sectores de la agricultura eran básicamente tres:

- a) El cultivo del campo: cereales, viñas, olivos, palmeras, miel...
- b) La cría de animales domésticos.
- c) La pesca, sobre todo en el Lago de Genesaret, con su centro Tiberidades, y un poco también en el mar Mediterráneo. La pesca era ciertamente la alimentación diaria de la clase pobre.

Jerusalén era la única ciudad importante de Palestina. Tenía normalmente alrededor de 30.000 habitantes. Era la sede de la administración judía y el lugar de residencia de los «pobres fácticos» y familias pudientes. Las dos terceras partes de su población estaban formadas por artesanos, esclavos, mendigos...¹.

El mundo, sin embargo, de Jesús viene de lejos. Tiene unas hondas raíces.

2. Una biblioteca que narra una larga vida

La Biblia, sobre todo el Antiguo Testamento, es un libro aparentemente extraño y desconcertante. Aunque nunca lo hayamos tenido en las manos, sabemos que pertenece ya al patrimonio vital y cultural de la humanidad, como lo puedan ser los escritos de Homero o el libro del Corán. En este

¹ *Introducción crítica al Nuevo Testamento*. I. Herder, Barcelona 1983: El contexto político, económico y social del judaísmo palestino: I. La vida política y económica (A. Paul), 83-101. II. La vida religiosa y social (R. Le Déaut), 101-127.

X. LEON-DUFOUR, *Diccionario del Nuevo Testamento*, Cristiandad, Madrid 1977, 41-58. Cuadernos bíblicos. Número 26: *San Pablo en su tiempo*. Número 27: *Palestina en tiempos de Jesús*, Verbo Divino, Estella 1979.

sentido puede estudiarse y conocerse tanto en una escuela como en una universidad, en un facultad de teología como en un instituto.

Para muchos hombres creyentes, sin embargo, es un libro sagrado: se lo lee y se lo escucha con respeto, ya que por su medio Dios nos sigue hablando.

En verdad, cuando se le abre, uno se siente realmente extraño y desconcertado; poemas, consejos de moral, relatos de pactos, guerras, asesinatos... Es un libro desconcertante cuya redacción duró más de un milenio. Es toda una biblioteca, con 73 volúmenes, que nos transmiten todo un mundo, toda una aventura: la de un pueblo comido y atenazado, preocupado y empujado por la pasión del Dios vivo, que ha de provocar en nosotros al leer todo esto esa misma pasión y esa misma aventura.

Todos los escritos de la Biblia se nos presentan como momentos de una *vida condensada*, de la *historia vivida y sufrida de un pueblo*, de unos hombres, ya convertida en textos, que podemos estudiar en su estilo, en su vocabulario, en su estructura. Lo que sobre todo nos interesa es *comulgar*, por medio de ellos, en la experiencia que testifican.

Este pueblo, Israel, entrará en esta aventura maravillosa en la medida en que vaya releyendo los numerosos testimonios de su historia: se le descubrirá cada vez más y mejor llena de sentido y caminando hacia Alguien, al tiempo que siendo acompañada por este Alguien.

Hay *un sentido primero* que este pueblo tuvo al ir redactando estos textos, y asimismo hay *otros sentidos profundos* que irá percibiendo cuando vuelva a leerlos, a proclamarlos, a celebrarlos.

Nosotros ahora, al leer *la Biblia* como un *escrito humano*, podemos hacerlo tanto si somos creyentes como si no lo somos. Podemos incluso percibir o atisbar al menos el sentido que sus autores quisieron presentar y transmitir. Con todo, comprender todo este mundo de verdad sólo se alcanzará si entramos en él, buscando hondamente, caminando hacia él y por él en la misma fe de quienes así lo vivieron y escribieron. Sólo se comprende lo que se ama. Para comprender hay que creer, y para creer hay que comprender. Es lo que Paul Ricoeur llamaba el «círculo hermenéutico».

En este libro, que es la Biblia, están reunidos dos mil años de historia. Hay, pues, una *historia literaria* de la Biblia nacida a lo largo de un tiempo, de una cultura más o menos abierta y de unos espacios.

Esta *historia literaria* de la Biblia recoge recuerdos de dos mil años de historia, para nosotros sin duda poco conocida. Sin embargo, podemos reconstruirla en sus líneas generales, y esto merced a los *documentos arqueológicos* y a lo que de ella nos dice *la misma Biblia*.

Esta historia literaria, al relatarnos *acontecimientos*, nos da *el sentido que el pueblo de Israel* percibió en ellos. Al descubrir *ese nivel de sentido*, este pueblo descubrió lo que él entendió como *historia sagrada*. Al contacto con esta literatura, nosotros vamos descubriendo también un sentido, tanto más nuestro cuanto más en sintonía cordial con el narrado y transmitido por este pueblo.

La *historia literaria* de estos libros de la Biblia es *el desarrollo testimonial de la conciencia* que este pueblo fue teniendo en la medida en que iba viviendo una *historia sagrada*.

En esta historia, Dios actúa todo el tiempo... El desconcierto para nosotros resulta de que así, a primeras, nuestra vida y nuestra historia nos parecen, frente a esta historia sagrada, del todo vulgares. Tenemos la impresión de que ese Dios vivo, tan activo, poderoso y elocuente durante dos mil años, ahora se ha quedado de pronto mudo, permaneciendo así en un silencio insoportable. ¿Por qué no habla ahora? ¿Por qué no da la cara ahora por los oprimidos y aplastados, por los desaparecidos y empobrecidos, impidiendo tanta guerra y tanta muerte, tanta sangre y tanto sufrimiento?

La verdad es que la historia de Israel no fue menos vulgar y ordinaria que lo pueda ser la nuestra. *Los historiadores y los arqueólogos* intentan reconstruir la *historia exacta, exterior, de Israel*. La Biblia, sin embargo, nos ofrece su *historia interior*, es decir, lo que el pueblo fue descubriendo de Dios en su existencia tan vulgar y anodina, tan a la vez con gozos y sombras.

Al leer nosotros la Biblia, esto ha de conducirnos a mirar y considerar nuestra historia vulgar y cotidiana con los ojos de Israel. Lo esencial de los relatos es saber lo que este pueblo descubrió allí como sentido. Es desde ahí desde donde también nosotros descubriremos una *historia maravillosa* en la que Dios sigue actuando y hablándonos sin cesar.

3. Una historia «vulgar» y a la vez «sagrada»: un pueblo interpelado por Dios

La primera parte de la Biblia, el Antiguo Testamento, es la *historia vulgar* de un pequeño pueblo, entre otros muchos, interpretada y transmitida en su significación profunda. Esta historia se inicia en torno al año 1800 a. de C.

Este pueblo, Israel, se presenta condicionado por su *entorno vital*, que es el Próximo Oriente. Su historia, pues, obedece a las *leyes generales de la historia*, incluso su evolución religiosa corresponde a la de la historia de las religiones.

Sin embargo, hay también en él una *ruptura* en la evolución original en el interior de esas leyes de la historia. Israel dará una explicación de esto: él se siente un pueblo aparte, interpelado por el Dios vivo.

Israel dice que su existencia se debe a esa *interpelación de Dios*. Y la verdad es que la primera preocupación de Israel no fue escribir, sino *estar o no estar* bajo esa interpelación de Dios a lo largo de su historia. Por eso que El leerá todo cuanto ha vivido y le ha acontecido en clave de *fe* o de *no-fe*.

Este pueblo, Israel, empezó modestamente: un grupo formado por varios *clanes nómadas*. Esos clanes se fueron uniendo, desarrollando, desapareciendo, renaciendo. *Algunos* llegaron a encontrarse trabajando «*emigrados*» en *Egipto*. Por fin un día llegó en que pudieron salir de allí y *se instalaron* trabajosamente en *Canaán*. Hubo un hombre, David, que logró *confederar* a aquellos grupos. Se convirtió así en *rey*, legando a su hijo *Salomón* un reino próspero y relativamente extenso.

Aprovechando la paz reinante, los *escribas de la corte* se ponen a escribir. Redactan los *anales del reino* y se recogen también las *tradiciones*, remon-tándose al pasado para saber cómo se ha llegado hasta allá. Este trabajo de redacción consiste en *relacionar unos acontecimientos dispersos*, que guardaba todavía la *memoria del pueblo*, y se forman así *una historia*, dán-doles *un sentido*.

Esto es clave para entender la Biblia correctamente: *Ella no nos ofrece un «reportaje en directo» de los sucesos o acontecimientos. Nos dice, por el contrario, lo que este pueblo descubrió más tarde en esos sucesos o acontecimientos históricos.*

De aquí es necesario sacar dos consecuencias:

- a) Ante la pregunta «*La Biblia, ¿dice la verdad?*», hemos de distinguir entre el *acontecimiento* y el *sentido que se descubrió en él*. Esto lo hizo el pueblo redactando los relatos a partir de las *tradiciones* que se conservaban en el recuerdo.

Por eso que la fe del creyente no esté apegada al acontecimiento, *a lo que pasó*. Nuestra fe se inserta en la fe del pueblo, que en un momento determinado se expresó en estos relatos escritos a partir de unas tradiciones antiguas que se arraigan en dichos aconteci-mientos.

- b) *La Biblia, Palabra de Dios*, no puede ser entendida de manera má-gica, es decir, cayendo del cielo. No. Israel descubrió esta Palabra de Dios interpretando los acontecimientos. Y es que, como sabe-mos, las cosas y los gestos *hablan*. De ahí que Israel leyese en los

acontecimientos de su historia esa Palabra de Dios que le interpelaba y le decía «yo te amo». Los *profetas* de Israel tuvieron una parte decisiva en ese saber escuchar la Palabra de Dios en la historia. Fue Israel, como pueblo, sobre todo por mediación de sus profetas y sabios, el que supo escuchar esta Palabra de Dios en los acontecimientos de la historia.

Y esto es la Biblia: El testimonio del sentido que el pueblo supo descubrir en su historia, de la Palabra de Dios que él supo escuchar. La Biblia, pues, nos enseña de este modo a oír cómo el Dios vivo nos habla en nuestra historia particular y en la del mundo.

Era el Espíritu Santo quien guiaba a los que escribieron la Biblia, haciéndoles así descubrir la Palabra de Dios. Y es el Espíritu Santo el que ahora nos garantiza el descubrir en los acontecimientos de la historia su Presencia. «El Espíritu de la verdad os irá guiando en la verdad toda» (Jn 16, 13)².

4. Los grandes momentos de la historia de Israel

Los textos bíblicos se fueron redactando en momentos especialmente importantes de su historia.

a) *Reino de David-Salomón* (año 1000 a. de C.)

Hacia el año 1000 a. de C. David toma Jerusalén, convirtiéndola en capital de su reino y agrupando tanto las tribus del sur como las del norte. Quien organiza el reino será su hijo Salomón. Para estos hombres agrupados, Dios se hace presente por medio de una *tierra*, de un *rey* y del *templo*.

Es en esta época en la que comienza también la *literatura*. Se empiezan a poner por escrito los *recuerdos del pasado*, como el *Exodo* o la liberación de Egipto, convirtiéndose este acontecimiento en la experiencia fundamental en la que se descubre al *Dios vivo* como *Liberador*, *Salvador*. Se empieza asimismo a escribir la *historia de los patriarcas* (Abrahán, Isaac...), narrando cómo la promesa de Dios a Abrahán se realizó en David. En este trabajo narrativo se llegan a remontar incluso al *principio del mundo*: Dios no sólo quiere liberar a este pequeño pueblo, sino a toda la humanidad.

b) *Los dos reinos: Judá (sur) e Israel (norte)* (año 933-587 a. de C.)

El año 933 a. de C. muere Salomón. El reino se divide en dos: sur o Judá, capital Jerusalén; norte o Israel, capital Samaría.

² P. GRELOT, *La Biblia, Palabra de Dios*, Herder, Barcelona 1968. La palabra de Dios en lenguaje humano, 120-140. La verdad de la Escritura, 140-186.

Judá permanece fiel a la dinastía de David. Quien da unidad a la nación es el rey. Es él quien la representa ante Dios, que habita en medio de su pueblo en el templo. Poco a poco, las tradiciones empezadas bajo David-Salomón desembocarán en una *historia sagrada judea (o de Judá)*. Es en este reino donde surgen y actúan los profetas Isaías y Miqueas.

Israel rompe con la dinastía de David. En este reino septentrional, el rey no tiene la misma importancia religiosa que en el sur. Quien mantiene y une al pueblo en su fe, amenazada por el contacto con la religión cananea, que honra a los Baales, es el *profeta*. Las tradiciones empezadas bajo David-Salomón desembocan en una *historia sagrada del norte*. Aquí es donde ejercen su ministerio los profetas Elías, Amós y Oseas.

Es igualmente en el reino del norte donde se van formando algunas *colecciones de leyes*, que, recogidas luego en Judá/sur, se convertirán en el *Deuteronomio*.

El año 721 a. de C. Israel es destruido por los asirios.

El año 587 a. de C. Judá es deportado a Babilonia.

c) *Destierro en Babilonia* (año 587 a. de C.)

Durante medio siglo (577-538) el pueblo vivió en el destierro. Fue una experiencia de pérdida: sin rey, sin tierra, sin templo. La fe se veía así sin apoyaturas humanas. ¿Perderá también su fe en el Dios vivo este pueblo? Hay en medio de ellos, deportados con su pueblo humillado y silencioso, algunos profetas, como *Ezequiel* y un *discípulo de Isaías*, que reaniman su debilitada esperanza. Los *sacerdotes*, por otra parte, le hacen *releer* una vez más sus *tradiciones* para encontrar en ellas un *sentido a sus sufrimientos*. Esto desembocará en la *historia sagrada sacerdotal*.

d) *Bajo el dominio de los persas* (año 538 a. de C.)

El año 538, Ciro, rey de los persas, da un edicto mediante el que los judíos deportados que lo deseen pueden volver a Palestina. Los vueltos inician una *época de reconstrucción*. La comunidad, purificada por el sufrimiento del destierro, vive pobremente.

Durante los cinco siglos anteriores, el pueblo ha ido *repasando poco a poco su historia* para encontrar allí, en cada ocasión, un *sentido a su vida y una esperanza*. Estas *tres historias sagradas* (judea o de Judá, norte o Israel y sacerdotal), junto con el *Deuteronomio*, son recogidas por el sacerdote-escriba *Esdras*, formando así un solo libro: la *Ley*.

La *reflexión de los sabios*, empezada ya antes de Salomón, llevó, por otra parte, a la producción de algunas obras maestras, como *Job*, *Proverbios*, *Tobías*...

e) *Bajo el dominio de Grecia y Roma* (año 333-63 a. de C.)

El año 333, Alejandro Magno conquista el Medio Oriente y extiende por todas partes sometidas la cultura y la lengua griegas.

El año 167, un sucesor de Alejandro, Antíoco, rey de Antioquía, intenta obligar a los judíos, bajo pena de muerte, a renegar de su fe. Es el *tiempo testimonial* o la *época de los mártires de Israel* y de los llamados *Macabeos*. La lucha del pueblo le lleva a reconquistar su libertad el año 164. Es entonces cuando empieza a desarrollarse la reflexión de los autores de *apocalipsis* (revelación) (así el libro de Daniel): esperan la intervención de Dios al final de los tiempos. Esta es una *literatura de resistencia en tiempos recios* (en el NT, el libro del Apocalipsis).

El año 63, Roma se instala en el Próximo Oriente. El rey Herodes reina bajo su protección del año 40 al 4 a. de C.

5. Grupos judíos en la época romana

El pueblo judío soporta mal la servidumbre romana. En este tiempo empiezan a diversificarse las *clases sociales* y los *partidos religioso-políticos*. Este marco social y religioso encuadra la vida de Jesús y del primitivo cristianismo.

a) *Clases sociales*

1. El *pueblo de la tierra* designa a los judíos en general pueblo ignorante de la ley y sencillo, despreciado por lo mismo por los fariseos.
2. Los *escribas o doctores de la Ley* son esencialmente los especialistas de la Ley, así reconocidos después de unos largos estudios, hacia la edad de cuarenta años. La mayor parte de ellos eran laicos y fariseos. Algunos eran sacerdotes. Consagraban su vida al estudio y a la interpretación de las Sagradas Escrituras. De ahí su enorme y efectiva influencia en la vida corriente y en los tribunales. Estos escribas fueron los que rodearon la Ley de una «valla» de prescripciones, yugo insoportable para la conciencia de tantos hombres.
3. El *clero*. Existía el *alto* y el *bajo* clero. En la cima estaban los sumos sacerdotes, casta de aristócratas preocupados, sobre todo, de sus privilegios. Estos eran los responsables de la Ley y del Templo, responsables

del Sanedrín y, de hecho, jefes indiscutibles del pueblo. Estos sumos sacerdotes se rodeaban de sacerdotes, asimismo, aristócratas, pertenecientes a cuatro familias. Todos ellos eran saduceos.

El *clero rural sacerdotal* era en torno a 7.000. Muy cercanos al pueblo pobre, compartían su vida, sus oficios y su pobreza. Algunos de ellos, más instruidos, eran escribas. Muchos eran fariseos. Los parientes pobres del clero eran los *levitas* (cerca de 10.000), y habían perdido todo poder.

b) *Partidos religioso-políticos*

1. Los *fariseos, separados* (éste es el significado de la palabra fariseo) de los asmoneos, considerados infieles y, por lo mismo, pecadores. En realidad, los fariseos eran buenos, pero se lo creían, y esto les llevaba a despreciar a los demás, que no lo eran tanto. Eran muy religiosos, apoyándose en su santidad delante de Dios. Y éste era su error: con sus méritos creían poder «ganarse» a Dios. Eran unos 6.000 y ejercían un notable influjo sobre el pueblo sencillo.
2. Los *saduceos* eran la casta aristocrática, sobre todo, sacerdotal. Oportunistas en política, lo que más les preocupaba era «conservar su puesto» (siempre al sol que más calienta), colaborando con los romanos gustosamente para mantener su *status*. Sólo reconocían el Pentateuco (y no a los profetas). No creían ni en la resurrección ni en los ángeles.
3. Los *esenios* eran una especie de monjes que vivían en comunidad a orillas del Mar Muerto (Qumrán). Su vida transcurría en la oración y en la meditación de las Escrituras, preparando así activamente la llegada del Reino de Dios.
4. Los *celotas* eran los partisanos o miembros de la «resistencia» activa e incluso violenta/armada (los «sicarios», de «sica», puñal fácilmente camuflado bajo los vestidos) contra los invasores romanos, que se creían un poder divino.
5. Los *publicanos* eran cobradores de impuestos en beneficio del ocupante romano, siendo considerados por ello colaboracionistas. Tendían a aumentar los impuestos por su propia cuenta. Esto les hacía odiosos y ser tenidos por pecadores públicos.
6. Los *herodianos* eran colaboracionistas asimismo de los romanos. Eran sin duda partidarios del rey «títere» Herodes.

En medio de este mundo en efervescencia surgirá, vivirá y actuará Jesús de Nazaret³.

³ A. PAUL, *El mundo judío en tiempos de Jesús*, Cristiandad, Madrid 1982.

II. INICIACION A LA EXÉGESIS BÍBLICA

La explicación o interpretación de un texto bíblico se llama *exégesis bíblica*. La ciencia de los principios de interpretación del texto bíblico es llamada *hermenéutica*. Esta debe establecer cuántos sentidos tiene la Biblia, cómo encontrar el sentido genuino y cómo exponerlo. Explicar el texto siguiendo estos principios es la *práctica de la exégesis*.

Ocurre ciertamente que hay distintas formas de presentar las cosas, correspondientes a las distintas necesidades de la vida de las personas o de los grupos. Toda sociedad, por otra parte, necesita para existir crear una literatura. Cada pueblo tiene sus leyes, sus celebraciones, sus crónicas del pasado, sus epopeyas, sus discursos, sus poemas y sus canciones...

La existencia de Israel como pueblo hizo que fuese apareciendo toda una literatura con sus diferentes *géneros literarios*.

1. Citaremos algunos de los géneros literarios bíblicos

- a) *Relatos populares*: Necesarios para recordar el pasado, dando así a todos una mentalidad común. Al escuchar las historias de sus antepasados, los hombres toman conciencia de pertenecer a la misma familia (cf. Gén 29-31; Jue 15, 1-16, 3).
- b) *Saga*: Concepto tomado de la literatura escandinava, equivalente a los cantares de gesta o a los poemas épicos medievales castellanos. Este género se aplica, sobre todo, a las narraciones patriarcales (Abrahán, Isaac, Jacob, José, Gén 12-50).
- c) *Epopeya*: Se cuenta también el pasado, pero intentando, sobre todo, suscitar el entusiasmo y celebrar a los héroes, aunque para ello sea necesario adornar los pequeños detalles. Así, para cantar al pueblo humillado-héroe se dice que «600.000 hombres de a pie salen de Egipto» (Ex 12, 37), o David, que «con cinco cantos lisos puestos en su zurrón de pastor y con su honda en la mano vence a Goliat, el filisteo, armado de espada, lanza y jabalina» (1 Sam 17, 40-54).
- d) *Leyes para organización del pueblo*. Ellas son las que posibilitan una vida en comunidad. Estas leyes, a veces, son redactadas en forma de *sumarios* (Ex 20, 1-17) o *en detalle* (Lev 14).
- e) *Liturgia, celebraciones, ritos*: Son expresiones de esta vida en común a la manera como una comida de fiesta reúne a la familia. Estas *celebraciones de fe* son manifestación de la conciencia de comunión, de re-

lación y de diálogo interpersonal entre el hombre/pueblo y el Dios vivo (Sal 51).

- f) *Poemas, cantos, salmos*: Expresión de los sentimientos y de los deseos, de los pensamientos y de los anhelos; en suma: de la fe del pueblo (Jue 5; Cant 5; Sal 45).
- g) *Oráculos*: Enunciados de los profetas, provenientes de Dios. Unos son de *salvación*: se anuncia la liberación próxima de un mal o una salvación futura, por ejemplo, escatológica. Suele incluir la fórmula «no temas», el mal del que serán liberados y la promesa de ayuda (Jer 1, 8-19). Otros son contra las naciones (paganas). Es el *litigio*, o sea, el discurso, que una parte que se considera ofendida dirige a la otra afirmando la propia inocencia y la culpa del contrario. Puede incluir el fundamento de la relación (alianza o contrato), la descripción de la culpa, agravantes y, a veces, ofrece la posibilidad de composición. En lenguaje técnico se suele llamar «juicio contradictorio». Es muy frecuente su uso en la predicación profética (Is 1, 10-20; Jer 2-3). También se encuentra en el culto o celebración de la fe como parte de una liturgia penitencial (Sal 51).
- h) *Enseñanza*: Tanto de los profetas como de los sabios y de los sacerdotes. Puede hacerse de forma doctrinal, pero también pueden utilizarse relatos, historias o *parábolas*. Estas son narraciones simbólicas de las que se desprende una enseñanza práctica de tipo teológico o moral (2 Sam 12; Lc 15). Pueden ser asimismo *anécdotas*, es decir, relatos breves, que caracterizan a un personaje, una situación, etc. (2 Re 7).
- i) *Escritos de sabiduría*: Son reflexiones sobre los grandes interrogantes humanos: ¿Qué es la vida, la muerte, el amor? ¿Por qué el mal, el sufrimiento?... Es la filosofía de la vida. Los *proverbios*, que expresan pensamientos de tipo sapiencial: «Amigo nuevo es vino nuevo: deja que envejezca y lo beberás» (Eclo 9, 10) (cf. Prov 23; Ecl 3).
- j) *Carta*: Discurso o exposición por escrito que se dirige a persona(s) determinada(s) (Film, Rom).

2. Tradición, formas y redacción

En la historia de la formación de la Biblia hubo temas, motivos, hechos—contenidos estables—, que se fueron transmitiendo de ordinario con cambios formales de palabra, por escrito o en la práctica. Así, las tradiciones patriarcales, las de la dinastía davídica, etc. Es la *tradición bíblica*.

El análisis que estudia este proceso de la tradición se le llama *historia de las tradiciones*.

Analizar, diferenciar y entender los distintos géneros literarios es lo que se llama *historia de las formas*.

El método que estudia el *proceso de composición* de un libro hasta el estado definitivo a partir de los elementos mínimos y originales se llama *historia de la redacción* o composición.

Quien introdujo en el *Antiguo Testamento* el estudio de los *géneros literarios*, aplicándolo, sobre todo, a los Salmos y a las narraciones del Génesis, fue el biblista alemán Hermann Gunkel (Berlín, 1862; Halle, 1932).

Rudolf Bultmann (Wefelstede (RFA), 1884; Marburg (RFA), 1977) fue el jefe de una escuela exegética del *Nuevo Testamento* que trabajó en el análisis de los *géneros literarios*.

El estudio y el conocimiento de las *circunstancias socio-religiosas* típicas en que se origina y emplea un *género literario* se llama *situación vital* (= Sitz im Leben), término acuñado por H. Gunkel.

La historia del pueblo escogido, considerada desde el punto de vista de la acción de Dios, es *historia sagrada de salvación*; en ella y por ella Dios se revela⁴.

3. Los relatos de la Creación

Los primeros 11 capítulos del libro del Génesis ocupan materialmente en la Biblia un espacio relativamente limitado. Sin embargo, en la historia de la Iglesia y en la mentalidad del pueblo *los episodios del paraíso terrenal* son muy importantes. Por ello que sea necesario precisar su significado.

a) «Seréis como dioses» (Gén 2, 4-3, 24)

Todo este texto no es, desde luego, un «reportaje en directo» ni una enseñanza sobre la historia o la geografía. Se trata más bien de una *reflexión de sabios* que se interrogan sobre las grandes cuestiones del hombre: ¿de dónde venimos?, ¿a dónde vamos?, ¿por qué el sufrimiento, la vida, la muerte?, ¿por qué ese misterioso atractivo entre los sexos?, ¿cuál es la relación del hombre con Dios, con la naturaleza (el trabajo), los demás...? Y ya se sabe: las grandes preguntas del hombre no se resuelven por medio de una expli-

⁴ J. SCHREINER y otros, *Introducción a los métodos de la exégesis bíblica*, Herder, Barcelona 1974:

J. SCHREINER, *Formas y géneros literarios en el Antiguo Testamento*, 253-298.

H. ZIMMERMANN, *Formas y géneros literarios en el Nuevo Testamento*, 299-334.

G. FLOR SERRANZ y L. ALONSO SCHÖKEL, *Diccionario terminológico de la ciencia bíblica*, Cristiandad, Madrid 1979.

cación, sino que pertenecen al orden del misterio. Por eso que los autores del relato, sabios, al ser *creyentes*, recurren a algunas *certidumbres de su fe*.

Los autores del relato parten de *su propia reflexión*, pero también de la de los *sabios de otras civilizaciones*. Y, sobre todo, reflexionan *a partir de su fe*: ya los creyentes que les precedieron meditaron en el Exodo, en la entrada en Canaán... En todos estos acontecimientos descubrieron un cierto rostro del Dios vivo. En este sentido, a partir de lo que ellos *conocen de su Dios*, como autores intentan responder a las dichas preguntas.

- 1a. Hay que situar este relato, pues, en el *contexto de pensamiento de su época*. La elaboración de este texto pertenece a los *sabios de la corte del rey Salomón a mediados del siglo X a. de C.*

Se impone una nueva síntesis, ya que la situación de Israel no tiene nada que ver con la de aquellas tribus que a mediados del siglo XIII establecieron una Alianza con Dios. Ahora este pueblo es ya un reino como los demás... Las relaciones diplomáticas con sus grandes vecinos (Egipto y Asiria) ponen al nuevo reino en contacto con prestigiosas civilizaciones, dotadas de *relatos seductores de fundación*. En este *contexto de prosperidad*, pero también de *pregunta*, es donde un grupo de creyentes propone una *síntesis teológica* fiel a los acontecimientos fundadores del pueblo, pero adaptada además a la novedad histórica.

Los autores de esta *reflexión teológica* pertenecen a la *escuela yahvista* (ya que desde la creación del mundo designan al Dios vivo como *Yahvé*). En unos relatos llenos de colorido y de imágenes hermosas, sugerentes y atrevidas narran *la grandeza de un Dios a la vez lejano y cercano*, que propone al hombre una Alianza para la vida y la muerte.

- 2a. *La verdad de estos textos* no es de género histórico. Un mejor conocimiento de los pueblos antiguos hoy nos ha puesto en la pista: antes, frente a las grandes cuestiones fundamentales, que preocupan al hombre, como la muerte, el amor, Dios, aquéllos no disponían más que de un instrumento de inteligencia que se llama *el mito*. Son relatos que cuentan cómo unas realidades, por ejemplo, el hombre, el mal, el amor, aparecieron por primera vez en la historia de un tiempo remoto que podría llamarse *el tiempo fundador*.

En la corte de Salomón se conocían en especial los *prestigiosos relatos de creación* que habían creado los *sumarios* y que se habían esparcido por todo el Cercano Oriente. Se conocía asimismo su *poder de seducción*. La actitud de estos sabios fue apropiarse de esos relatos, *despojándolos de sus acentos politeístas* y de sus características más groseras.

Estos relatos bíblicos sí son *verdaderos*, ya que cuentan de forma na-

rrativa y en imágenes, las grandes experiencias humanas de Israel ante Dios. Por eso son *relatos simbólicos*.

- 3a. Aunque estos relatos están colocados al comienzo de la Biblia, esos textos se escribieron *después* de la experiencia histórica de la Alianza (Exodo). Quiere esto decir que, *antes* de encontrar al Dios creador, Israel conoció al Dios liberador y salvador...
- 4a. *En la presencia y horizonte del Dios vivo* viene el hombre a saber que El es señor de la muerte y de la vida. Esta, de cualquier clase que sea, sólo existe por El. Esto es lo que afirma el relato: Desde el origen, el hombre, los animales y la naturaleza reciben la vida de una fuente que no depende de ellos.
- 5a. Este texto sólo se comprende como *texto de alianza*, en el que Dios propone a un pueblo un *pacto de vida y muerte*. Esta es la experiencia de Israel. De modo que Génesis 2-3 dice exactamente lo mismo que Deuteronomio 30, 15-21: «Mira, hoy te pongo delante *la vida y el bien, la muerte y el mal*. Si obedeces los mandatos del Señor, tu Dios, siguiendo sus caminos, *vivirás...*; pero si tu corazón se aparta y no obedeces, *no vivirás.*»
- 6a. *Pecar es rechazar la Alianza*, es decir, el *compromiso mutuo*. Al tomar Dios la iniciativa de establecer al hombre en el jardín de la vida, Adán tiene que responder escuchándole y observando sus mandamientos. Entre Dios y el hombre, sin embargo, se interpone el tentador, que
 1. propone infringir lo prohibido,
 2. presenta a Dios como *adversario* del hombre,
 3. conduce a la expulsión, al castigo y a la muerte.

Estas son *experiencias fundamentales* y, por lo mismo, para él *verdades de vida*, que, encarnadas en un *relato simbólico*, es decir, en imágenes que los hebreos comprendían espontáneamente, nos llevan a nosotros a descubrir de nuevo el *lenguaje simbólico*, que siglos de racionalismo nos han hecho olvidar.

- 7a. *Adán y Eva* son la primera o primeras parejas que la ciencia nos presenta como *primeros hombres*, y que la Biblia llama Adán y Eva. Estos nombres en hebreo significan *el señor Hombre y la señora Vida*. O sea, se trata de *nombres simbólicos*, representativos a la vez de los primeros hombres y de cualquier hombre, de todos los hombres.
- 8a. *El paraíso no está detrás de nosotros* como un hermoso sueño perdido, sino que *está delante* como una tarea a realizar. En el escrito así influye sin duda alguna la experiencia que este pueblo nómada

un tiempo tuvo; para él un oasis en el desierto es un verdadero *paraíso*. El autor del relato desea expresar dos cosas difíciles de decir y mantener a un tiempo: 1.^a (recibida de su fe): Dios ha creado al hombre para ser libre y feliz. Dios no ha creado el pecado ni el mal. 2.^a (sabida por experiencia): Todo hombre es pecador. *Todo hombre quiere hacerse dios*. Y esto desde siempre: «Seréis como dioses, conocedores del bien y del mal» (Gén 3, 5b). Estas dos afirmaciones son las dos caras de la realidad humana. El autor las separa para ponerlas una al lado de la otra, «antes» y «después». El «antes» aquí no es un tiempo histórico, sino una imagen teológica: desea expresar únicamente el deseo de Dios, deseo que, de hecho, no se ha expresado nunca como tal. El profeta Isaías de igual modo recogerá las mismas imágenes, pero proyectándolas al final de los tiempos: He aquí lo que Dios realizará algún día (Is 11, 1-9). Tanto el relato del Génesis como Isaías nos dicen con toda probabilidad lo mismo: *El paraíso* no está detrás de nosotros como un hermoso sueño perdido; está *delante* y es una *tarea que realizar*.

- 9a. *La creación del hombre y de la mujer*. La creación de aquél no contradice en nada a la teoría de la evolución, según la cual el hombre procede de la vida animal. El relato da un *sentido religioso* a la aparición del hombre. *La mujer está hombro con hombro*, es decir, en pie de igualdad al hombre. Es la imagen de la costilla. Ambos son de la misma condición y naturaleza y diferentes de los animales. Reconocer y vivir esto es una *experiencia sobre-natural*, de éx-tasis. De ahí la palabra «sueño» o «letargo».
- 10a. *La relación del hombre con la naturaleza y con los animales* es, respectivamente, de «*labrarla y cuidarla*» (Gén 2, 15) y de «*ponerlos un nombre*» (Gén 2, 19). Esta subordinación y ordenación, este servicio y sometimiento al hombre proclaman la legitimidad de la ciencia.
- 11a. *La seducción de la serpiente* es mostrar que *el pecado no viene del interior del hombre*. No forma parte de su naturaleza. Viene de fuera. Por tanto, el hombre es responsable de sus actos. La referencia a este animal (serpiente) proviene de la importancia del mismo en la *mitología*. En *Egipto*, la serpiente se oponía al dios Sol durante la noche (*¡animal oscuro y nocturno!*) para impedir su aparición. En *Canadán* era un símbolo sexual (*¡divinización del sexo!*) en algunos cultos. Según la *epopeya de Guilgamesh*, fue la que robó la *planta de la vida*.
- 12a. *El árbol del conocimiento de la dicha y de la desgracia*. Dicho árbol y su fruto son ciertamente *simbólicos*, igual que cuando decimos «vamos a saborear los *frutos* de nuestro descanso o de nuestro trabajo». Hay que destacar una *falsa interpretación*: No se trata del árbol del conocimiento o de la ciencia, como si ésta estuviera prohibida al hom-

bre. El texto afirma lo contrario: Dios da al hombre el mundo para que lo cultive, los animales para que les dé nombre, es decir, la ciencia para que él la cree. La tradición del «manzano» (*¡la manzana!*) es puramente latino-cristiana y su origen puede estar causado por la asociación *malus-malum* (manzano-mal).

El árbol es puesto en relación con ciertas expresiones, como «*seréis como dioses, versados en el conocimiento del bien y del mal*» (Gén 3, 5); es un árbol «*deseable para tener acierto*» o «*para adquirir el discernimiento, la clarividencia*» (Gén 3, 6; cf. Gén 3, 22; Ez 28).

Así, pues, lo que *el hombre tiene prohibido* es *negarse a ser hombre, querer convertirse en dios*. Sólo Dios es «sabio», es decir, conocedor de la raíz de la felicidad y de la desgracia. Esta *sabiduría* no se puede robar (¡es el hombre-Prometeo, de la mitología griega, «robador del fuego del cielo, de los dioses!»), sino que *Dios la da a quien lo ama con respeto, a quien le «teme»*: «El temor del Señor es fuente de vida para apartarse de las trampas de la muerte» (Prov 14, 27). «El temor del Señor instruye en sabiduría, y delante de la gloria va la humildad» (Prov 15, 33).

La sabiduría que el hombre quiso robar lo deja finalmente *desnudo*. Es entonces cuando descubre que no es más que un hombre limitado y participa del estado de la serpiente: *desnudo* y *astuto* son la misma palabra en hebreo («La serpiente era el más *astuto* de todos los animales del campo que el Señor Dios había hecho» ... «Entonces se les abrieron a entrambos los ojos y se dieron cuenta de que estaban *desnudos...*» (Gén 3, 1a. 7a).

- 13a. *El sufrimiento y la muerte*. El autor del relato simbólico se fija en la condición humana de su tiempo; se da cuenta del sufrimiento, lo experimenta también él en la propia alma y en el propio cuerpo y en los de los demás, asimismo toma conciencia de la experiencia de la muerte y busca su sentido. En esta búsqueda se encuentra con la sabiduría de Dios, que el hombre no puede conocer, pero sí con humildad pedir y recibir. Querer «robar» esa sabiduría es quedarse «desnudo», «desamparado» en esa condición humana dolorosa. Es entonces cuando descubre un *vínculo entre el sufrimiento y el pecado*. *Antes del pecado*, Adán (el hombre) sufría y habría también muerto, pero habría vivido esa *condición humana* en la *confianza en Dios sin angustia*.
- 14a. *El árbol de la vida*, del que el hombre puede comer: «Y Dios impuso al hombre este mandamiento: 'De cualquier árbol del jardín puedes comer...» (Gén 2, 16). «El Señor Dios hizo brotar del suelo toda clase de árboles deleitosos a la vista y buenos para comer, y *en medio del jardín, el árbol de la vida...*» (Gén 2, 9; cf. Gén 3, 22-23). Se descubre

aquí la bondad del Dios vivo. No es celoso como pretende la serpiente. Tiene en sus manos, sólo El ciertamente, la vida, y está dispuesto a dársela al hombre con tal que el hombre la quiera: «Te pongo delante la vida y muerte...; elige la vida» (Dt 30, 19-20).

b) *¿Qué has hecho de tu hermano?* (Gén 4, 1-16)

Una vida-sin-Dios lleva a perder el sentido-del-hombre. Es el relato de *Caín*, el opresor y el violento, y *Abel*, el oprimido, el violentado, el humillado y asesinado. Este texto-fundador afirma que desde el comienzo *el hombre es fratrícida*. Hay aquí la denuncia de todo homicidio como *muerte de un hermano*. Esta narración es también tipológica de la historia humana. Es un episodio real y no una «fábula».

Es la subida de la marea creciente del pecado en la historia, mediante la cual la vida del hombre-hermano llega a no contar nada. La destrucción de la relación del nombre con Dios se manifiesta en la ruina de la relación «yo/tú» (Caín/Abel), es decir, entre hombre y hombre. El envenenamiento de la sociedad por la sangre, el exterminio y la muerte brota de la ruptura con el Dios de la vida; aquélla empuja al hombre a perder la conciencia de su propia dignidad.

Drásticamente la narración de Caín cuenta cómo los asesinos de Dios se convierten también en asesinos del hombre. El *cainismo*, con sus secuaces, es la presencia activa que puebla de silencio, de sangre y de muerte la dolorida y humillada historia humana.

La contrapartida al cainismo es la *fraternidad*, que se alimenta del respeto, del amor, de la preocupación y de la acogida de cada hombre, valor irremplazable en su imperecedera dignidad: «Ved qué dulzura, qué delicia, convivir los hermanos unidos» (Sal 133, 1).

c) *El hombre a imagen de Dios* (Gen 1, 1-2, 4)

Este es el poema con que se abre la Biblia. Sin embargo, es mucho más reciente que Gén 2, 4-3, 24.

1c. *Texto nacido en la experiencia de la noche oscura*. El pueblo está desterrado. Estamos hacia el año 550 a. de C. No tiene ya símbolos de su orgullo y de su confianza: sin rey, sin tierra, sin templo. Dios, el Señor de la historia, se ha desentendido (?), por otra parte, de su pueblo: no lo protege ya contra los infieles del dios Marduk. La seducción les viene de la teología «imperial» de Babilonia: un dios vencido —Yahvé— es un dios que muere.

- 2c. *Reafirmar la fe con coraje.* Unos sacerdotes, compañeros de destierro de su pueblo para restaurar la confianza y conjurar el atractivo que podía ejercer el culto de Marduk, proponen una *nueva síntesis teológica*, nacida de su creatividad y de su esfuerzo por recoger las tradiciones más antiguas. Es la *narración sacerdotal*, surgida con la intención de cerrar filas, de reafirmar una fe sin complejos, de reforzar los signos de identidad de un pueblo deportado: práctica del sábado, rito de la circuncisión, autoridad del sacerdocio...
- 3c. *Dios, Señor de la historia: un poema litúrgico.* No hay en este escrito una enseñanza histórica o científica. Es un poema que expresa la extraordinaria y acosada fe de unos sacerdotes en su Dios. Es un relato grandioso y litúrgico, enmarcado en el cuadro bien ordenado de la semana, en una ascensión progresiva hasta el día séptimo, el sábado. El mundo ha sido creado en seis días para *legitimar el sábado*, que tiene un doble significado: *a)* Es el tiempo en que Dios *descansa* (shabbat/sábado = descanso), es decir, *deja de obrar* personalmente. Por ello que el día séptimo sea el tiempo de la historia humana, el tiempo concedido al hombre para obrar y proseguir la creación. Vendrá luego el «octavo día», el del fin. *b)* La celebración del sábado se hace dejando de trabajar: para santificar el tiempo, para rendir homenaje a Dios con nuestro trabajo de hombres.
- 4c. *El incomparable rostro de Dios.* Comparando este texto con los *relatos babilónicos*, aquí no se hace ninguna concesión al politeísmo. Dios no crea a partir de la nada: crea *separando*. No hay huellas de lucha. Aquí Dios es el Dios único. El *sol* y la *luna*, que eran divinidades en Babilonia, aquí se limitan a ser puras criaturas, signos encargados de *indicar una presencia*. Son la «lumbrera mayor» y la «lumbrera menor». Este vocabulario pertenece al mundo cultural: designa las lámparas que arden en el templo (Ex 25, 6; 27, 20), señalan los momentos para las fiestas. La función de estos astros es servirle al hombre para su culto a Dios (Gén 1, 14). Se escribe esto en el destierro, en un mundo ingrato, en el desprecio, en el sufrimiento y el mal. Decididamente se afirma la fe en un Dios que quiere un mundo bello y justo. ¿Está destruido el templo de Jerusalén? ¡El mundo entero se nos descubre como el abierto templo de Dios!

En Babilonia la creación del mundo y del hombre se hacía a partir de un dios muerto. Aquí no: Dios crea por su *palabra*, separando, es decir, colocando entre El y el hombre una distancia infinita.

- 5c. *La ciencia de aquella época*, que subyace a ambos relatos de la creación, es distinta. En Gén 2, la tierra se presenta como un oasis en medio del desierto. Aquí (Gén 1) es una isla en medio de las aguas. Mediante sucesivas separaciones, Dios hace aparecer el terreno seco para poner allí al hombre.

En Gén 2 el hombre (el varón) es creado primero para cultivar la tierra. Luego viene la mujer. Aquí (Gén 1) la humildad (hombre-mujer) es creada al final. Es otra forma de mostrar su dignidad. En una procesión litúrgica, el más digno viene en último lugar. Es creada la humanidad (el hombre). Sólo en un segundo momento se indica que está constituida de varón y mujer.

Entre el hombre y los animales hay una distancia infranqueable. El hombre es creado «a imagen y semejanza de Dios».

6c. *Grandeza y dignidad del hombre, imagen de Dios:*

1. *El hombre es creado creador:* Este manifiesta el poder de Dios por su dominio sobre el mundo, por la ciencia, por la creatividad. Ha sido, por tanto, encargado de organizar el universo, de hacerlo habitable. Es su responsable.
2. *El hombre es relación amorosa:* La imagen del Dios amor no puede ser un individuo solitario, sino el hombre-en-comunión: el varón y la mujer que se aman y que con su amor producen la vida. Será Jesús, el Cristo, quien revele y haga descubrir todo lo que esta imagen puede evocar del misterio mismo de Dios. La comunidad de amor (hombre/mujer) es signo visible, sacramental, de Dios comunión, familia, trinidad.
3. *El celibato por el reino de Dios* no está fuera, sino dentro de este proyecto de vida-en-el-amor. Se le recibe con don/gracia (Mt 19, 10 ss.) y se le viene como «trato asiduo con el Señor» y compromiso de entrega gratuita a los más pequeños por amor (1 Cor 7, 32; cf. Mt 25).

d) *El miedo al diluvio* (Gén 9, 1-17)

Este relato ha de ser leído e interpretado como un *relato simbólico*. Este tiene a la vez el rasgo de la *universalidad* y de la *originalidad*. Se ha descubierto un relato mesopotámico del siglo XVIII a. de C. en el que se inspiró claramente el autor bíblico, marcando, sin embargo, sus divergencias derivantes de la lectura e interpretación de los acontecimientos de la vida a partir de su fe.

Todos los pueblos llevan en su *inconsciente colectivo* el miedo a un diluvio, a un cataclismo universal. Es probable que tras esta actitud esté la influencia de las grandes catástrofes.

A partir de este texto surgen tres pistas de reflexión:

1. Dios anuncia que pedirá cuentas de la *sangre de cada hombre*. Matar al hombre, a cada hombre, es el inicio de un proceso que puede

abocar en un cataclismo general de violencia, exterminio, silencio y muerte.

2. Tras la destrucción, Dios renueva su Alianza/Pacto: «El diluvio no volverá a destruir la vida» (Gén 9, 15b). Luego ofrece como señal el arco iris. Por encima de esta imaginería ingenua se alza una certeza que hemos de acoger responsable y agradecidamente. El pueblo desterrado, a pesar de que siente sobre sí la amenaza de un diluvio espiritual/total, es profundamente optimista. La promesa de Dios funda su esperanza: sean cuales fueren las vicisitudes históricas, El no abandonará nunca a su pueblo.
3. *Hoy empezamos a tomar conciencia de que es posible un diluvio: El hombre dispone de los medios para aniquilar el planeta. Esta sí que es una novedad respecto a la época de la Biblia. Esto es lo preocupante: el hombre mismo tiene poder para provocar un diluvio definitivo*⁵.

III. EL NUEVO TESTAMENTO: GENESIS, FORMACION Y ESTRUCTURA BASICA DE CADA EVANGELIO

Hubo unos hombres pobres ,trabajadores y pescadores del lago de Genesaret que siguieron a Jesús de Nazaret. Su maestro, Juan el Bautista, les había invitado a ello. La verdad es que no sabían realmente quién era. Eso sí, lo escucharon con atención como se escucha a un profeta. Incluso llegaron a pensar que podía ser «el profeta», el Mesías.

Sin embargo, de verdad y en profundidad sólo empezaron a decubrir quién era este Hombre, su amigo: ¡El Mesías! ¡El Hijo del Dios vivo! Después que *se les dio el Espíritu Santo y se les iluminó el corazón*. Esto, por otra parte, era el cumplimiento de una promesa hecha a ellos por Jesús: «El Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo y os recordará todo lo que os he dicho» (Jn 14, 26). «Cuando venga El, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad completa, pues no hablará por su cuenta, sino que hablará lo que oiga y os anunciará lo que ha de venir» (Jn 16, 13).

Fue entonces cuando sus recuerdos de los pocos años pasados con Jesús de Nazaret tomaron una sorprendente y novedosa importancia, y así intentaron reconstruirlos.

⁵ H. RENCHKENS, *Creación, paraíso y pecado original*, Guadarrama, Madrid 1969².

G. AUZOU, *En un principio Dios creó el mundo. Historia y fe*, Verbo Divino, Estella 1976.

G. von RAD, *El libro del Génesis*, Sígueme, Salamanca 1981.

En la medida en que transcurrían los años, Jesús iba adquiriendo para ellos más interés. Ocurrió que, ya durante los últimos meses de su convivencia con El en esta tierra, habían empezado a creer, un poco confusa y dudosa-mente todavía, es verdad, que con El llegaba el Reino de Dios o, lo que era lo mismo, que se acercaba «el fin del mundo», según la creencia judía de aquellos tiempos.

Pasaban los años y los días y las horas, sin embargo... Entretanto había que vivir, siendo testigos de El, vivo y resucitado entre ellos, había que organizarse... Para vivir, ya se sabe, toda sociedad necesita unos mínimos, siquiera, de reglas. Jesús, por otra parte, no había dejado nada escrito. Y con todo, a partir de El y en torno a El y su comunidad, la Iglesia en el mundo, fue naciendo una literatura cristiana.

a) Jesús de Nazaret (6 a. de C. - 30 d. de C.)

Jesús nació en el reinado de Herodes, con toda seguridad, seis años antes del comienzo de nuestra era. Vivió en Nazaret como un judío creyente y piadoso, practicando la ley según el espíritu de los fariseos, los más religiosos entre los judíos de entonces. Fue trabajador manual. Nació pobre y vivió pobre.

Hacia los años 27-28, después de ser bautizado por Juan el Bautista, inaugura sus dos o tres años de vida pública como profeta de Dios, pobre, libre y ambulante. Escoge algunos discípulos y, junto con ellos, proclama con palabras y, sobre todo, con hechos de su vida, la venida del Reino de Dios en medio de los hombres. Que sepamos, nunca escribió El nada. Una vez, sin embargo, lo hizo ¡en la arena! El vivió limpia, libre y transparentemente. El habló. Eso es todo. Y esto tiene su importancia, sin duda. El filósofo griego Sócrates tampoco escribió nada. Fue Platón, su discípulo, el que redactó las enseñanzas de su maestro. Ahora estudiamos las obras de Platón, pero interesa la persona de Sócrates.

Todo esto es todavía más verdad en el caso de Jesús. En la fuente de la Buena Noticia, del Evangelio, está El, su misterio. Si El hubiera escrito, quizá sentiríamos la tentación de considerarlo solamente un maestro de sabiduría. Como vivió, simplemente, intensamente, plenamente, hemos de acudir a su persona misma. *Fue esta persona, con todo su misterio, lo que presionó a sus discípulos.*

Jesús acabó condenado por los responsables religiosos de su pueblo, siendo crucificado por los romanos seguramente el día 7 de abril del año 30⁶.

⁶ G. BORNKAMM, *Jesús de Nazaret, Sígueme, Salamanca 1983*.

b) Las comunidades cristianas (alrededor de los años 30-70 d. de C.)

Los discípulos quedarán «impresionados» por la persona de Jesús, es decir, por su manera de vivir, por su forma de ser, por sus palabras y por sus actos. De verdad esto no lo supieron sino después de su muerte. Es la *resurrección* de Jesús y la *venida del Espíritu* en Pentecostés lo que permite a los discípulos empezar a descubrir *el misterio de Jesús*. Estos discípulos de Jesús, por otra parte, siguen siendo judíos, pero formando en el seno del judaísmo un grupo extraño: el de los *testigos de Jesús Vivo y Resucitado*.

Ellos tienen que mantener una *doble fidelidad*: a *Jesús* y a *la vida*, que les plantea no pocas cuestiones. Para hallar respuesta a dichas cuestiones y preguntas se remiten a los *recursos que tenían de Jesús*. Esto, con todo, lo hacen ahora *a la luz de la Resurrección*. Poco a poco estos recuerdos van tomando forma, sobre todo en torno a *tres centros principales de interés*:

1. La predicación

Los discípulos *anuncian*, tanto a los judíos como a los paganos, a Jesús Vivo y Resucitado. Lo hacen con unas frases cortas que resumen lo esencial de esta Buena Noticia o Evangelio. Es lo que técnicamente llamamos el *kerygma* (palabra griega que designa el *grito* del heraldo o del pregonero de la ciudad). El contenido kerigmático de esta predicación de los discípulos es: «A este Jesús, que vosotros crucificásteis, Dios lo ha resucitado, lo ha exaltado, lo ha hecho Señor. Somos testigos de ello. El nos envía su Espíritu. Creed en esta Buena Noticia y os salvaréis» (Hch 2, 22ss. 32. 38).

Se recogen también las *bienavenuranzas* diversas que Jesús pudo pronunciar para proclamar esta Buena Noticia: los pobres, en adelante, no lo serán, puesto que Dios viene a establecer su reino. Se cuentan los *milagros* de Jesús, que muestran su victoria sobre el mal, el sufrimiento, la enfermedad y la muerte.

Asimismo se recogen las *parábolas*, aquella enseñanza de Jesús en historias que habla sencillamente de la felicidad que El ha venido a traer y de la necesidad de escoger.

2. La celebración

Los discípulos celebran al Resucitado: repiten la *Ultima Cena de Jesús*, que da sentido a su muerte. Al principio, cuando sólo estaban los primeros creyentes discípulos, no era necesario entrar en detalles: sabían bien de qué se trataba. Entonces cada uno podía expresar lo que había comprendido, añadir nuevos detalles: Pedro contaba cómo traicionó a su Maestro, Juan decía lo que vivió al pie de la cruz... Luego en seguida fueron viniendo otros

discípulos que no habían conocido a Jesús de Nazaret. Había que explicarles, pues, qué significaban aquellos gestos de partir el pan y de beber la copa. Con toda seguridad nació entonces muy pronto un primer *relato de la Pasión*.

Lo que ocurre es que, cuando ellos relataban aquello, no relataban la *pasión y la muerte* de un difunto, sino *de una persona viva*. Y esto lo cambiaba todo. A nosotros hoy también nos sucede que narramos de manera distinta la enfermedad grave de un ser querido mientras está en el hospital entre la vida y la muerte que cuando ya se ha repuesto y curado. En la celebración de la *Cena del Señor* (1 Cor 11,20), Jesús se hace presente para su comunidad y sus discípulos cuentan su muerte estando con El, vivo entre ellos. El relato de la Pasión, como todos los demás relatos sobre Jesús, se hace a la luz de la Resurrección.

Es en este contexto de celebración cristiana donde se recuerdan también otros actos de Jesús que permiten comprender y vivir mejor aquella Cena: la *multiplicación de los panes*, por ejemplo, aquella comida tan maravillosa y generosa en que Jesús dio de comer a una muchedumbre de personas hambrientas.

3. *La enseñanza o catequesis*

Enseñar a los nuevos bautizados es una tarea de los primeros discípulos de Jesús, haciendo para ello referencia a las palabras y a los hechos de su Maestro Resucitado. Ahora, los creyentes han de vivir como discípulos de Jesús. Hay que volver necesariamente a la vida de Jesús, a sus palabras, a sus acciones, ahora iluminadas, comprendidas y vistas desde la hondura de la Resurrección. Sólo así ellos sabrán vivir en comunidad, respondiendo a las múltiples cuestiones que plantea la vida de cada día. Por eso, se recogen las *parábolas*, adaptándolas a la situación actual: como enseñó Jesús, hay que velar, hay que permanecer fieles, atentos, ser tierra buena... En los *milagros* de Jesús se busca una enseñanza nueva: esta pequeña Comunidad Cristiana tiene la impresión de ser frágil barquilla, azotada por las olas y los vendavales de la tempestad. Sólo podrá mantenerse en pie merced a Jesús Resucitado, que escucha siempre las súplicas de su comunidad zarandeada: *¡Señor, sálvanos!* Es El quien aplaca la tempestad... ¿Cómo se portarán los responsables de esta comunidad acosada? Recordarán las palabras de Jesús: «Servid a los demás. No tengáis más que estas dos reglas :sed misericordiosos y perdonaos generosamente a la manera como el Padre Dios hace de continuo con vosotros...»

De este modo, cuando se formaba una nueva Comunidad Cristiana acudían a

la memoria y, sobre todo, al corazón de los discípulos las palabras y las imágenes de Jesús, que se iban reagrupando rápidamente en secuencias⁷.

4. Saulo de Tarso, teólogo judío, convertido a Jesucristo

Los primeros discípulos (Pedro, Juan...) eran personas sin cultura apenas. Saulo de Tarso era un teólogo judío, rabino, discípulo del reconocido y famoso maestro Gamaliel. Su juventud la pasó con él, en Jerusalén, estudiando las Escrituras. Saulo no cree que los cristianos sean malos o «peligrosos». Cree que están «desviados» del camino de la verdadera religión judaica. Y su celo le lleva a ayudarles a «volver».

Es un escándalo, posiblemente una «blasfemia», que haya quienes reconozcan a «un clavado en una cruz», a Jesús de Nazaret, como Mesías e incluso como hijo de Dios. Ahí está la razón del «desviacionismo» para Pablo, que, como buen judío, nos lo hace notar en sus cartas: Para él, Jesús es un «maldito»: «Maldito el que está colgado de un madero» Gál 3, 13. Cf Dt 21, 23).

El «cambio» para Saulo, en lo que respecta a Jesús y a sus seguidores, será fruto de la actuación gratuita de Dios sobre él. Ya este hombre había sido elegido instrumento en las manos de Dios: «Pero cuando *Aquél*, que me separó desde el seno de mi madre y me llamó por su gracia, *se dignó revelar a su Hijo en mí...*» (Gál 1, 15.16a). Es la *irrupción de la gracia de Dios* la que revela a Saulo que este *maldito*, colgado en un madero, es el Hijo de Dios y, por lo mismo, es el *Bendito*. No es fruto de un proceso de reflexión profunda ni de deseo sincero, ni de un conocimiento más perfecto o de un esfuerzo más decidido el acontecimiento de su «conversión», sino del *toque de la gracia*, que lo introduce en el camino de Jesús, el Cristo. Fue El quien lo *agarró y alcanzó* (Flp 3, 12).

Durante los quince primeros años de cristiano (del 36 al 50 d. de C.) Pablo predica y anuncia a Jesucristo, muerto y resucitado, fundando comunidades, visitándolas y animándolas. Durante los últimos quince años de su vida (del 50 al 63/67 d. de C.) escribe también *cartas* a sus comunidades cristianas. Sus escritos son verdaderos tratados de teología cristiana. Este trabajo del apóstol y siervo de Cristo Jesús, Pablo (así le gusta llamarse en sus cartas), ayudará a los demás discípulos a reinterpretar sus recuerdos sobre Jesús.

⁷ C. HAROLD DODD, *La predicación apostólica y sus desarrollos*, Fax, Madrid 1974.
V. CASAS, *Cuestiones Bíblicas (Nuevo Testamento)*. TECAD (Teología y Catequesis a Distancia). Instituto Superior de Ciencias Catequéticas «San Pío X», Madrid. En esta obra se estudian los aspectos determinantes de la teología cristiana, como *El Maestro y Profeta Jesús de Nazaret*, *Los milagros de Jesús*, *La pasión y muerte de Jesús*, *La resurrección y exaltación de Jesús*, *El seguimiento de Jesús: La vida según el Espíritu*, *Gracia y conversión a l'Evangelio (Fe en el perdón de los pecados. Ley, libertad y comunión fraterna)*.

c) La redacción de los escritos evangélicos (alrededor del 70-100 d. de C.)

A los primeros discípulos pronto se agregaron otros: Bernabé, los siete diáconos con Esteban y Felipe y, sobre todo, el teólogo y rabino Saulo/*Pablo de Tarso*, misionero y escritor. Ya la Buena Noticia de Jesucristo ha ido llegando a Asia Menor, a Grecia... hasta Roma. Los paganos, por otra parte, han entrado ya en la Iglesia de Cristo, sin verse obligados a hacerse judíos previamente, según se decidió en el *Concilio de Jerusalén* del año 50 d. de C. En el arco de tiempo que va de los años 49/51 al 63/67 d. de C. *Pablo* escribe sus *cartas* a distintas comunidades (según hemos señalado ya arriba).

Durante este tiempo, el judaísmo oficial va desechando poco a poco a los cristianos, que no serán ya más considerados «secta judía».

El año 70, los romanos destruyen Jerusalén. Algunos fariseos, reunidos en *Yamnia* (hoy *Yavne*, al sur de Tel-Aviv), dan al judaísmo una nueva vida, que continúa hasta el día de hoy.

1. *El Evangelio y los evangelios*

Al principio sólo se conocía el *Evangelio*, es decir, *la Buena Noticia que proclamaba Jesús*: la venida del Reino de Dios, la felicidad ofrecida a los pobres y a los perdidos, a los hambrientos y a los sedientos de justicia. Es en este sentido como *Pablo* lo utiliza y habla en sus cartas.

Llega un momento en que nace el *género literario «evangelio»*. Sin duda el inventor es Marcos. Este género no tiene correspondencia alguna en las demás literaturas. El Evangelio se convierte en *texto*, en una historia escrita: el relato de la actividad de Jesús. Esta literatura nace en la Comunidad/Iglesia de Cristo a partir de la luz que sobre El viene de su resurrección y Exaltación. Hasta entonces, Jesús era el que proclamaba la Buena Noticia, el Evangelio, ahora es El el proclamado, El mismo se convierte en la Buena Noticia, en el Evangelio de Salvación de Dios para los hombres perdidos y pecadores. Así, escribe ya *Pablo*: «Pues no me avergüenzo del *Evangelio*, que es una fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree» Rom 1, 16).

Cuando escriben sobre *Jesús, Evangelio vivo*, no se refieren a El hablando en el pasado, sino hablando en el presente. Esta es la convicción teológica de su Comunidad: el Jesús, presentado en los textos evangélicos, es el que sigue estando presente en su Comunidad/Iglesia, vivo, ante todo, en la celebración de la *Cena del Señor* (1 Cor 11, 20). *Hacer memoria de Jesús* es afirmar al mismo tiempo que está *ausente* (su historia terrena pertenece al pasado) y *presente en el hoy de la Comunidad/Iglesia*, que cree en El y lo celebra, proclamándolo Vivo y Resucitado.

El *Jesús de la historia* sigue viviendo hoy, bajo la forma de palabra escrita

y proclamada, en el *Cristo vivo de la fe*, en quien cree la Comunidad. *A través del Cristo de la fe de la Iglesia es como podemos llegar al Jesús de la historia.* «Estas cosas han sido escritas para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis vida en su nombre» (Jn 20, 31).

Nosotros tenemos estos textos «compuestos» por los primeros discípulos de Jesús. Los primeros que lo «conocieron» (y cuando de personas se trata, sólo se conoce a quien se ama) nos dicen quién era, cómo fueron descubriendo poco a poco su ministerio, cómo cambió su vida. No nos presentan a un Jesús desde fuera, sino desde dentro, desde donde lo descubrieron. Los evangelios no están escritos «*al pie de la letra*» sobre los acontecimientos, ni nos refieren unas frases enigmáticas. Son el testimonio vivo de unos discípulos, que, al cabo de unos años, nos dicen lo que comprendieron del «misterio de Jesús», cómo su propia vida les permitió descubrir el significado de las palabras y de la vida, del ser y del estar del Maestro.

Tenemos, pues, las palabras y los hechos de Jesús, «interpretados» por unos testigos auténticos. La vida de Jesús permanece siempre abierta. Esto quiere decir que, como los discípulos de Jesús lo comprendieron a la luz de su vida de cada día, es la vida de nuestras Comunidades hoy y siempre el *lugar* a partir del cual podemos comprender más en profundidad y en anchura a Jesús. Hemos de «respetar» siempre esos primeros testimonios de Jesús. Si leemos y comparamos los «cuatro evangelios», en «sinopsis», es para ver mejor los detalles y matices propios de cada uno, para así descubrir mejor *los rasgos* del rostro de Jesús, que impresionaron a aquel evangelista y a su Comunidad.

El Espíritu Santo y la fe de las primeras Comunidades Cristianas han sido el lugar donde ha ido brotando toda esta literatura evangélica. Nosotros creemos que los primeros discípulos de Jesús, al interpretar sus palabras y sus hechos, estaban animados por el Espíritu del que vive para siempre: «Cuando venga El, el Espíritu Santo de la verdad, os guiará hasta la verdad completa; pues no hablará por su cuenta, sino que hablará lo que oiga, y os anunciará lo que ha de venir» (Jn 16, 13).

Este *proceso de transparencia de Jesús* se dio en la medida en que se iba alcanzando la Vida en sus Comunidades. Sobre el *rostro de Jesús de Nazaret*, cuyo recuerdo guardaban, los discípulos sobrepusieron los *rasgos del resucitado* tal como empezaron a descubrirlos después de Pascua. Es la cara gloriosa del Señor Jesús, que vivía en sus Comunidades. Para los contemporáneos de Jesús, El fue ante todo una cuestión y una llamada. Ellos —y nosotros— necesitaron la fe, la luz pascual, la iluminación del Espíritu sobre el corazón para vislumbrar algo de la riqueza de su misterio.

Cuatro teólogos fueron reuniendo las tradiciones, que ya se habían redac-

tado, y dan su testimonio escrito sobre Jesús desde las situaciones y necesidades concretas de comunidades cristianas concretas⁸.

2. *El Evangelio según San Marcos.*

Hacia los años 70, Marcos pone por escrito la predicación de Pedro en la comunidad de Roma.

Desde los comienzos de su escrito, Marcos afirma su fe: Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios (1, 1). A continuación, sin embargo, Jesús se negará a decir quién es (el así llamado «secreto mesiánico»), porque esos títulos eran demasiado ambiguos y estaban demasiado teñidos de esperanzas político-nacionalistas. La manifestación clara de Jesús se dará en el momento de su condena a muerte. Será entonces cuando un pagano, el centurión romano, proclame al pie de la cruz: «Verdaderamente este Hombre era Hijo de Dios» (15, 39).

Hay en este Evangelio un verdadero *drama*: Jesús es el Mesías, pero no según la imagen que de El se hacían. *Galilea* es símbolo de los paganos y perdidos, *Jerusalén* es símbolo de los jefes y de todos aquellos hombres, que, encerrados en su mentalidad y en su mundo, morirán en *la idea que de El se habían hecho*, negándose a aceptar a Jesús tal y como El quiere serlo y no como ellos prefieren *fabricárselo*. Desde ahí lo niegan y lo condenan a muerte.

Es un drama permanente entre personas: Jesús y el pueblo, que acabará abandonándolo, Jesús y sus adversarios, que lo condenarán, Jesús —y esto es lo más trágico— y sus discípulos, que van detrás de El sin comprender apenas nada de su camino y su misterio, dejándole solo a la hora de vérselas con la muerte.

Marcos tiene en el anuncio de la resurrección un aspecto particular: Un ángel, vestido de blanco, se hace ver. Lo único que hace es enviar a los discípulos, diciéndoles: «¡Ha resucitado! Id a Galilea, que allí lo veréis» (16, 7). Es entonces cuando los discípulos, la Iglesia, son enviados a esa Galilea de los paganos, a todos los hombres perdidos. Al final de esa historia es cuando «verán» al Resucitado.

3. *El Evangelio según San Mateo*

Este probablemente escribe en Siria, por los años 80, para comunidades cristianas procedentes del judaísmo.

⁸ Card. A. BEA, *La historicidad de los Evangelios*, Fax, Madrid 1965.

W. TRILLING, *Jesús y los problemas de su historicidad*, Herder, Barcelona 1975².

Para él, la Iglesia es la Comunidad del Resucitado bien estructurada, con una vida sacramental y de celebración organizada, una doctrina que es preciso mantener y una vida moral de fidelidad que se ha de vivir y practicar.

Esta Iglesia del Cristo tiene conciencia de ser el *nuevo Israel*, que sabe obtener desde su nacimiento la riqueza de dos mil años de tradición, la del Antiguo Testamento. Jesús es el rabino final y definitivo y no ya Moisés. El Sermón del Monte es la vida que se hace cuando se cree en Aquel que nos llama a su «seguimiento» (Mt 5-7).

Esta es una Iglesia de Cristo abierta al mundo para proclamarle la Buena Noticia, el Evangelio (28, 16-20). Ha de crecer desde dentro hacia afuera: purificándose continuamente, practicando la misericordia con generosidad y el perdón con corazón puro y ancho... pero para ir a los paganos y presentarles el verdadero rostro de Dios en su Hijo Jesucristo (Mt 18).

Mateo tiene la preocupación de *la inteligencia de la fe*: Es menester que los creyentes, los discípulos «comprendan» lo que creen. De ahí esos *cinco discursos* del Maestro Jesús y tantas numerosas palabras que El, el nuevo Moisés, da a su Iglesia como ley nueva: «Se os ha dicho... pero yo os digo...» (Mt 5, 21 ss.).

La seguridad de la Iglesia del Cristo reside solamente en su fe en Jesús resucitado, «Emmanu-El», 'Dios-con-nosotros' hasta el fin de los tiempos: «He aquí que Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28, 20b).

4. *El Evangelio según San Lucas*

Este es un griego intelectual, médico, seguramente procedente de Antioquía. Escribe hacia los años 80 para unas comunidades cristianas, procedentes, como él, del paganismo. Estas no son como las de San Mateo, es decir no se sienten ligadas por una larga y secular tradición judía. Estos cristianos lucanos se sienten más sensibles a ese otro aspecto de Jesús, que se relaciona con Elías, el profeta de fuego, que vive intensa e incesantemente, en la oración, en presencia de su Padre, totalmente henchido del Espíritu Santo, sacando de allí una libertad total frente a cualquier tipo de instituciones.

A Lucas le preocupa ante todo el que los cristianos forman parte de *la familia de Jesús*, y esto llega no ante todo porque saben la Palabra de Dios, sino porque la ponen en práctica: «Dichosos más bien los que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen» (Lc 11, 28).

Este *Jesús* de Lucas es *pobre* y es *amigo de los pobres* y de los perdidos. Su Evangelio es el *Evangelio de la misericordia*: En él aparece con más intensidad que en los otros el desbordante afecto y cariño de Dios por los

pobres y los pequeños, los ignorantes y los enfermos (Lc 15). Ellos son el ojo derecho, la niña de los ojos de Dios. Su preferencia y su preocupación: para ellos, ante todo, es el Evangelio (Lc 4, 16 ss.).

En sus «relatos de la infancia», que son, de hecho, un estudio teológico como en el Evangelio según San Mateo, Lucas nos presenta a María como la «hija de Sión», que ya anunció el profeta Sofonías, como figura de la Iglesia, formada por los «pobres de Dios».

5. *El Evangelio según San Juan*

Entre los años 95 y 100, un discípulo de «ese discípulo al que amaba Jesús» (Jn 13, 23) organizó y dio forma a la enseñanza de su maestro.

El libro tiene dos grandes partes: «*los signos*» (Jn 1-12), en donde de antemano Jesús vive y manifiesta lo que llevará a cabo en su Muerte y Resurrección, y «*la hora*» (Jn 13-20) en que vive ya ese Misterio de la Muerte y Resurrección.

El autor de este Evangelio, más que preocuparse de conservar una multitud de hechos y de palabras de Jesús, ha preferido escoger un pequeño número de ellos y subrayarlos admirablemente: «Jesús realizó en presencia de los discípulos otras muchas señales, que no están escritas en este libro. Estas han sido escritas para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis vida en su nombre» (Jn 20, 30-31).

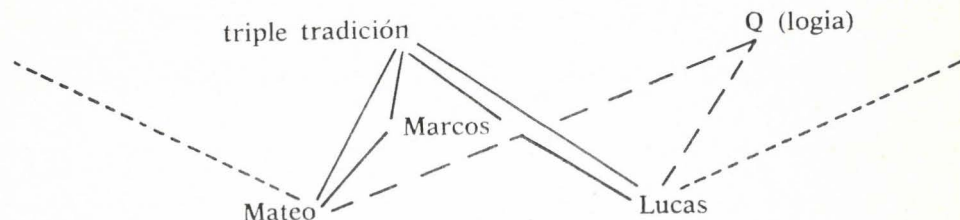
Jesús es la Palabra eterna del Padre Dios, es el Logos/Verbo, que ha venido a habitar entre los hombres, y que, después de «haber reunido a los hijos de Dios, que había dispersado el pecado» (Jn 11, 52), sube y vuelve al Padre, arrastrándose en su exaltación. El Prólogo (Jn 1, 1-18) y la «Oración sacerdotal» (Jn 17) resumen este movimiento.

Este Evangelio es, a la vez, sencillo, escrito con palabras de todos los días, muy unificado en torno a unos grandes temas que nos hablan, como la vida, la muerte, el amor, la libertad, el pan, el agua... y, al mismo tiempo, muy profundo y difícil, ya que en cada episodio de la vida de Jesús, el evangelista ve la síntesis de toda la vida de Jesús y de toda su enseñanza. Su subida a la cruz, por ejemplo, es a la vez su ascensión al Padre.

6. *El problema sinóptico*

Los tres primeros Evangelios (Mc, Mt, Lc) se parecen lo bastante como para que puedan colocarse en columnas, de modo que se puedan ver *de una sola ojeada* (*syn-opsis*). De ahí que se les llame *evangelios sinópticos*.

A lo largo de los siglos de cristianismo, los biblistas han propuesto varias hipótesis para explicar esto. Hoy la más común es ésta: los redactores habrían tenido acceso y a su disposición *dos carpetas de documentos*: a una, los tres evangelistas (Mc, Mt y Lc). Esta sería la así llamada *tradicón triple*; a otra sólo pudieron dos (Mt y Lc). A ésta se la llama *fente Q* —de Quelle = fuente, en alemán— o también *coleccion de los logia* —de la palabra griega *logio/logia* en plural, que significa *palabras* o *sentencias*). Este sería el esquema:



Es difícil afirmar si Mt y Lc tuvieron acceso directamente a la carpeta primera (triple tradición) o si la conocieron sólo a través de Mc. En todo caso se admite que Mt y Lc conocieron a Mc, pero que son independientes entre sí.

Quien inventó el género literario «*evangelio*» parece ser fue Marcos. Fue él quien impuso un marco geográfico y cronológico a la vida de Jesús que siguieron luego Mt y Lc.

Mt y Lc trataron de manera distinta lo que encontraron en la segunda carpeta (Q/logia): Mt sembró con ello todo su evangelio. Lc prefirió insertarlo en la trama que había recibido de Mc bajo la forma de dos grandes incisos.

Mt y Lc tienen asimismo algunos textos que les son propios y exclusivos. Mc tiene más bien pocos⁹.

7. Leer los Evangelios de Jesús hoy

Estos textos se fueron redactando en diferentes comunidades para *responder a las cuestiones* y preguntas, interrogantes y dudas de los cristianos.

Un día llegó en que cuatro redactores se pusieron a reunir esas unidades pequeñas, relatos sobre Jesús, nacidos independientemente unos de otros, en diferentes comunidades, y empezaron a organizarlos, sintetizándolos, tejiéndolos, en cuatro *evangelios*. Cada uno de ellos manifiesta *un aspecto del rostro de Jesús*. Y es que, en el fondo, es a El a quien se desea poner de manifiesto para que El se nos revele en toda su riqueza, hondura y anchura.

⁹ Xavier LEÓN-DUFON, *Los Evangelios y la historia de Jesús*, Cristiandad, Madrid 1982.

Por otra parte, cada uno de nosotros, hombres de este tiempo, está *impresionado*, muchas veces sin tener conciencia de ello, *por un aspecto de rostro de Jesús*. El hecho que prefiramos, por ejemplo, el Evangelio de san Lucas al de san Mateo nos revela e indica *cuál es ese aspecto*. Esto, sin embargo, no nos cierra, sino que nos abre a la *verdad hermosa y total, rica y nueva* del misterio de Jesús, Salvador. Si, por ejemplo, nos sentimos más en comunicación con el *Jesús de san Lucas*, disponible y libre ante tantas «ataduras» de este mundo y de esta tierra..., necesitamos ponernos en camino hacia el *Jesús de san Mateo*, que se nos ofrece como Señor de la Comunidad, el que la enseña, el que la organiza por medio de sus «mediaciones», los apóstoles.

Sí, hemos de buscar con corazón transparente y abierto —sólo así «vemos» a Dios (Mt 5, 8)— *cuál es el rostro de Jesús* más apropiado a tal persona, a tal edad de la vida o a tal grupo humano en búsqueda sincera del Dios viviente.

- MARCOS es, posiblemente, el que ofrece un Jesús más cercano a quienes de corazón puro buscan sin haber dado todavía con el Dios viviente. Ante este Jesús marquiano, el no-creyente se preguntará: «¿Quién es este Hombre Jesús?» (Mc 4, 41), y avanzando en su interrogante y en su búsqueda se encontrará con la respuesta-confesión del pagano-centurión: «Verdaderamente este Hombre es el Hijo de Dios» (Mc 15, 39).

Los jóvenes, sin duda, se sentirán «seducidos» y, poco a poco, a gusto, ya que este Hombre es muy vivo, directo y concreto. Tiene pocos discursos.

Asimismo los cristianos «anquilosados» más o menos «de-toda-la-vida», encerrados en sus ideas «inamovibles», serán ayudados y empujados a preguntarse: «¿No estaremos quizá encerrándonos en nuestra 'Jerusalén', haciéndonos así incapaces de 'reconocer' a Jesús, que se nos presenta bajo unos aspectos y 'luces' siempre desconcertantes y deslumbrantes?»

Por otra parte, aquellos que sienten ya una responsabilidad en la Comunidad/Iglesia oirán, en lo más hondo de ellos mismos, una llamada exigente que proviene de El: todo discípulo es llamado y escogido para estar-con-Jesús. Es El quien lo pone-al-lado de los más necesitados, de los más empobrecidos, de los más desesperados... Todo lo demás —el reposo, la tranquilidad, el «fervor», el alimento...— viene detrás y después de ese servicio al que El nos invita.

- LUCAS ofrece a los cristianos «inquietos», «disconformes» con la mediocridad que les envuelve y que les ahoga, la terrible exigencia de Jesús: hay que renunciar a todo para seguirle, pasar por la cruz, por la obediencia incondicional, radical, todos los días...: «Ningún criado puede servir a dos señores, porque aborrecerá a uno y amará al otro, o bien se entregará a uno y despreciará al otro. *No podéis servir a Dios y al dinero*» (Lc 16, 13). «El que no lleve su cruz y venga en pos de mí no puede ser discípulo mío» (Lc 14, 27). Este es el camino a descubrir y a andar por una comunidad cristiana de base.

Los hombres no-creyentes, pero buscadores sinceros, se sentirán sin duda atraídos y «tocados» sorprendentemente por el aspecto «social» de este Jesús despojado, radicalmente pobre-con-los-pobres. Unos y otros —creyentes mediocres y no-creyentes inquietos— oirán la condenación de las riquezas y la imposibilidad de «casar» amor a Dios y amor al dinero, el amor generoso, entregado, preocupado, gratuito a los pobres y a los ignorantes, a los perdidos y marginados...: «Todos los publicanos y los pecadores se acercaban a El para oírle, y los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo: 'Este acoge a los pecadores y come con ellos'» (Lc 15, 1-2). La fe gratuita, que lleva por nombre —«santo y seña»— comunión y amistad, dedicación e identificación con los pequeños y orillados, brota de este encuentro con Jesús.

Indudablemente, cristianos o no, cualquiera de los hombres se sentirán impresionados radicalmente y «preguntados» por esa *humanidad de Dios en Jesús*, desbordante en su afecto y cariño, cercanía y dedicación a los pecadores y equivocados.

Y todos aquellos que por llamada gratuita han *consagrado su vida a su servicio* de manera irrevocable y completa hallarán en El continuamente esa permanente invitación a subir, detrás de El en su seguimiento, hacia el misterio de su muerte y de su glorificación, *sin-volver-la-vista-atrás*: «Nadie que pone la mano en el arado y mira hacia atrás es apto para el Reino de Dios» (Lc 9, 62).

María, la madre de Jesús, se les mostrará también como el prototipo de alguien en la que *nace la Vida* por su fe incondicional, total y virginal en Aquel que nos invita a poner-nuestra-vida en sus manos con una infinita confianza: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu Palabra» (Lc 1, 38). Asimismo Ella es aquella en quien se ha realizado de modo verdadero la *bienaventuranza de la Palabra creída*: «¡Feliz la que ha creído que se cumplirán las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!» (Lc 1, 45). «Dichosos más bien los que oyen la Palabra de Dios y la cumplen» (Lc 11, 28).

- MATEO ofrece a quienes desean *crecer-desde-dentro-y-desde-las-raíces* la pureza y la fidelidad al Maestro indiscutible Jesús. Tanto los responsables directos de las comunidades cristianas como cada uno de los creyentes encontrarán en él el *derecho canónico evangélico*, cuyas reglas esenciales son la misericordia y el perdón, la paciencia activa y la oración comunitaria (Mt 18).

Hay en este evangelio una preocupación decidida por la *pastoral de la inteligencia*, superadora de las tantas veces perezosa «fe del carbonero». Creer es, ante todo, adherirse con todo el ser a Jesucristo, pero también —ya que somos seres cordialmente conscientes e inteligentes— alimentar la inteligencia y no descuidar el contenido de la fe: «Habéis oído que se dijo a los antepasados... Pues yo os digo...» (Mt 5, 21 ss.). «Buscad primero el Reino de Dios y su justicia y todas esas cosas se os darán por añadidura» (Mt 6, 33). «Entrad por la puerta estrecha... ¡qué estrecha es la entrada y qué angosto es el camino que lleva a la Vida!, y qué pocos son los que lo encuentran» (Mt 7, 13-14).

Este Jesús Maestro ofrece grandes y hermosos discursos bien ordenados, esas series de «señales» o «milagros» y de «parábolas» que se nos presentan como una especie de *catecismo de adultos*.

Resuena en este evangelio *la Iglesia del Concilio Vaticano II*, que busca su *aggiornamento* en su renovación radicalmente evangélica, atenta tanto a la fidelidad a su Maestro y Señor, Jesús, cuanto a los «signos de los tiempos» (Mt 16, 3).

Mateo nos recuerda igualmente que la Iglesia de Cristo Jesús no existe para ella, sino para el mundo. Quiere esto decir que la institución no está más que para permitir una mayor y completa *disponibilidad* de servicio a los más pequeños de los hombres (Mt 25; cf Mt 28, 18-20).

- JUAN es, a la vez, un poeta y un místico —en el puro sentido de la palabra—, es decir, alguien que profundiza su pensamiento echando mano de imágenes que hablan: el pan y el agua, la luz y el vino... y que se adentra en el misterio del Dios viviente de manera hermosa y desbordante.

Los sencillos e intuitivos, los contemplativos y discípulos del silencio, los pequeños y puros lo leerán con gusto, permitiéndoles experimentar a su propio nivel y alcance la vida con Jesús.

El Jesús de este evangelio es la Verdad total y entera de Dios. Cuando uno da con El, no le dejará ya nunca más. La fe que brota del encuentro con Jesús, testigo de Dios y camino hacia El, convierte al *hombre creyente* en alguien que *ha nacido de nuevo* (Jn 3, 5-7).

Sólo la vida eterna es vida. La *vida eterna* no es la vida-después-de-la-muerte, sino la vida-a-partir-y-después-de-la-conversión y del nacer-de-Dios (Jn 1, 13). «En verdad, en verdad te digo: el que no nazca de lo alto no puede ver el Reino de Dios» (Jn 3, 3). La vida eterna brota del conocimiento de Dios en Jesucristo: «Esta es la vida eterna: que te conozcan a Ti, el único Dios verdadero, y al que Tú has enviado, Jesucristo» (Jn 17, 3). La vida eterna es, pues, creer en el Dios que Jesús ha revelado como amor. La vida eterna es amar. Por eso vivir es creer y amar. Jesús, persona e historia, es el hombre para Dios y Dios para el hombre, presente en cada generación humana en el Espíritu Santo.

Nuestras comunidades cristianas deben hoy continuar ese trabajo y esa *tarea de descubrimiento de Jesús* a través de nuestra vida y de nuestras preguntas, necesidades y cuestiones. *Los evangelios que hoy escribimos* son la vida de nuestras iglesias/comunidades actuales, es decir, el rostro del Resucitado, que manifiestan ante el mundo. En cuanto creyentes en Jesucristo, estamos invitados a dar a luz a Cristo en el mundo, en fidelidad a la Primera y Última Palabra, el rostro del Resucitado, para que los hombres vivan.

d) **Las Cartas de Pablo**

Son los primeros escritos del Nuevo Testamento. Pablo muere antes que los evangelistas se pongan a redactar los evangelios.

Las cartas de Pablo están escritas en el estilo de la época: empiezan con un *saludo a la comunidad* cristiana (concreta). Seguidamente viene la *acción de gracias*. Hay despues una *parte doctrinal* en la que Pablo desarrolla o explica, aclara o profundiza un aspetco de la fe de los cristianos, esencial a una existencia en Jesucristo, quizá olvidada o poco a poco desvaída. A continuación él deduce ciertas *consecuencias para el vivir concreto*, acabando con algunas noticias, a veces llenas de una gran ternura de tipo personal: «El saludo va de mi mano, Pablo. Acordaos de mis cadenas. La gracia sea con vosotros» (Col 4, 8).

CUATRO ETAPAS EN SU PENSAMIENTO

Los cuatro grupos de cartas de Pablo enmarcan otras tantas etapas de su pensamiento:

a) *La esperanza cristiana y la venida de Cristo* (año 50/51. 1.^a y 2.^a Tesalonicenses)

Estos son los primeros escritos del Nuevo Testamento. Van dirigidos a una Iglesia muy joven, surgida en tierra pagana, comunidad minúscula en una inmensa ciudad de unos 300.000 habitantes.

Se descubre en estas cartas el entusiasmo de una fe nueva, la esperanza un tanto desordenada, el amor apasionado, que suscitó la proclamación de Jesucristo. Pablo recoge ahí la fe tal cual la ha recibido de Cristo y de la Iglesia de los apóstoles.

El cristiano es un hombre al que Dios ha llamado para que entre en su Reino. Esa llamada le alcanza cuando acoge con fe la Palabra de Dios, que es Jesucristo. En delante vivirá en su vida de cada día, de Jesucristo, animado por su Espíritu, glorificando así al Padre Dios. La esperanza, por otra parte, no inmoviliza al creyente. Son vanas las preguntas sobre *cómo* será el fin de los tiempos (escatología). Nos basta con saber que después de morir *estaremos siempre con el Señor* (1 Tes 4, 17).

b) *Salvados por Jesucristo en la Iglesia* (año 56/58. 1.^a y 2.^a Corintios, Gálatas, Filipenses, Romanos)

Estas son las así llamadas «grandes cartas» de Pablo. La cuestión central de ellas que al apóstol le preocupa es: *¿cómo llegar a ser justo y ser salvado?*

Uno no queda justificado por lo que hace (obras, práctica de la ley), sino por la fe en Cristo. Pablo explica que la Iglesia es la comunidad de los que Dios salva por Jesucristo.

1. *Primera Carta a los Corintios*: Corinto es una ciudad portuaria enorme, de unos 600.000 habitantes, la mayoría de los cuales son esclavos. Allí llegó Pablo el año 51. Trabajó manualmente con fabricantes de tiendas, viendo sorprendido cómo la proclamación del Evangelio, la Buena Noticia de Jesucristo, ha suscitado allí una comunidad cristiana entre los más pobres: «¡Mirad, hermanos, quiénes habéis sido llamados! No hay muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos de la nobleza. Ha escogido Dios más bien lo necio del mundo para confundir a los sabios. Y ha escogido Dios lo débil del mundo para confundir lo fuerte. Lo prebeyo y lo despreciable del mundo ha escogido Dios, lo que no es para reducir a la nada lo que es» (1 Cor 1, 26-28).

Lo que ocurre es que no es tan fácil dar el salto de *una-vida-a-lo-corintio*, como se decía entonces («a-lo-barrio-chino» o «a-lo-costa-Fleming», diríamos hoy), a *la vida en Cristo*. Pablo tiene que «inventar» la moral cristiana, o sea, descubrir y ayudar a vivir concretamente como hombres nuevos en cristiano.

Esta carta es apasionante, ya que hay sin cesar un partir de hechos concretos (hay disputas y «partidos» entre los cristianos; uno de ellos incluso está viviendo con su suegra; las mujeres acuden a las celebraciones descubiertas; por otra parte, les cuesta creer en la resurrección total, también del cuerpo, del hombre...). Tomando pie de todo esto, Pablo reflexiona y les hace reflexionar no ya de una forma «moralizante», sino conduciéndoles incesantemente al corazón de la fe: Jesucristo, nuestro Salvador.

Es verdad, los tiempos han cambiado, y por eso sentimos la dificultad de sentirnos «tocados», «aludidos» e interpelados» por estos textos. Con todo, las cosas siguen siendo terribles y claramente actuales. Por ejemplo: a Pablo le preguntan si ellos, corintios, pueden comprar cualquier tipo de carne. En efecto, mucha viene del «sobrante» de los templos y ha sido anteriormente ofrecida en sacrificio a los ídolos (1 Cor 8-10). No se trata de un «problema» lejano o de otros tiempos en modo alguno. Equivale a preguntarse si para ser cristiano hoy hay que vivir en un *ghetto*, hay que tener y fomentar carnicerías «cristianas», sindicatos «cristianos», partidos «cristianos»... Pablo parte de hechos concretos. A nosotros nos corresponde, para hacer la transposición evangélico-cristiana, buscar cuáles son los hechos que concretamente en esta época y aquí corresponden a aquéllos.

En esta carta está asimismo el *relato más antiguo de la Cena del Señor* (1 Cor 11, 17-33).

2. *Segunda Carta a los Corintios*: Posiblemente está compuesta de varias cartas de Pablo, hoy perdidas. Hay en ella pasajes terribles en los que Pablo se defiende al ver atacada su autoridad y, detrás de ella, la fe en el Evangelio.

La mayor parte de este escrito está dedicada al *ministerio apostólico* tal como lo vive Pablo (2 Cor 1, 11-7, 16). El sabe de su responsabilidad grande: Al proponer la Palabra de Dios, sus oyentes son invitados a una decisión en favor o en contra de Cristo (2 Cor 2, 14-3, 4). Al acoger a Cristo, el creyente queda «transfigurado» e «iluminado» para ser luz de sus hermanos (2 Cor 3, 5-4, 6). Esto al mismo tiempo lleva a tomar conciencia de la debilidad que nos circunda (2 Cor 4, 7-5, 10).

El apóstol es, pues, un embajador de Cristo encargado del ministerio de la reconciliación (2 Cor 5, 11-6, 10).

3. *Carta a los Gálatas*: Acogieron la Palabra de Dios con alegría y se entregaron a Jesucristo. Ocurrió, sin embargo, que luego pasaron por aquellas regiones (Galacia, Asia Menor/Turquía actual) otros predicadores de sectas judías y se quedaron «hechizados» por ellos, poniéndose —ellos, que venían del paganismo— bajo la ley judía. Y no veían en esto nada malo. Pablo, sin embargo, sí se dio cuenta del tremendo peligro: *Si hay que «añadir» las prácticas judías —la ley— a la fe en Jesucristo, esto es señal que no basta la fe en El para salvarse.* Desde su experiencia y conocimiento profundo del judaísmo, Pablo la emprende contra este «cáncer» que corroe el Evangelio de Cristo, que es único y exclusivo: a) Su Evangelio lo ha recibido directamente de Cristo (Gál 1, 11-21). b) Toda la historia de Israel es sólo pedagogo que nos conduce a Cristo (Gál 3, 4). c) El Evangelio lleva a la libertad de Cristo. El creyente cristiano no está nada más que bajo la *ley interior*, que guía a cada uno desde su corazón y que lleva por nombre *Espíritu Santo*. Ya no hay ley, pues, para quienes se dejan *guiar por el Espíritu*. ¡En Cristo somos criaturas nuevas! ¡Vivid como hombres libres (Gál 5, 6).
4. *Carta a los Romanos*: Aquí retoma Pablo, desarrollándola más, la exposición hecha a los gálatas: a) *Como jurista*, el toma nota de un hecho: Todos los hombres, paganos o judíos, son pecadores y, por lo mismo, están perdidos. La salvación para todos viene gratuitamente por Jesucristo (Rom 1, 18-5, 11). b) *Como hombre de fe cristiana*, él reflexiona a partir del Bautismo: La humanidad entera, solidaria en Adán (símbolo del hombre), vive el pecado y la muerte. En Jesús, nuevo Adán, es salvada en la medida en que se une a El por la fe y el bautismo (Rom 5, 12-6, 23). c) *Como fino conocedor del corazón humano*, él muestra y describe al hombre escindido y dividido interiormente: «El bien que quiero hacer no lo hago, mientras que hago el mal que no quiero...» Es el Espíritu quien reunifica al hombre y le permite llamar a Dios «¡Abba! ¡Padre!», dejándose amar por Jesucristo,

viviendo en comunidad con los demás hombres y con el cosmos (Rom 7, 1-8, 39). d) *Como historiador del plan de Dios*, vuelve a leer la historia de Israel: Muestra la desgracia de Israel por haber negado a Cristo y anuncia su salvación para el momento en que lo reconozca el pueblo en su conjunto (Rom 9-11). A partir de ahí, Pablo saca las consecuencias: Vivid como seres salvados, ofreced vuestras vidas y vuestras personas como «ofrenda» agradable a Dios (Rom 12, 1-2).

5. *Carta a los Filipenses*: No hay motivo especial para escribir esta carta, ni crisis, ni herejías. Pablo está prisionero y se siente poseído por el gozo de comulgar en los sufrimientos de su Señor Jesucristo. Es un escrito del todo transparente, sincero, hablando como un amigo habla con sus amigos. Para conocer a Pablo, lo mejor es leer pausadamente esta carta.

No sabe cuál será su suerte de encarcelado. En todo caso está feliz. También esto será bueno para el Evangelio. Su alegría proviene de la comunión con su Señor, que «le alcanzó» y se apoderó de él, revolucionándole de tal forma que, a partir de ese momento, todo lo considera nada y «basura». Haber conocido a Jesucristo es su único tesoro (Flp 3, 3-16). Sin duda, Flp 3 es un texto tan autobiográfico que en él Pablo pone por escrito su radical fe y amor entero a Jesucristo: «Mi Señor, por quien perdí todas las cosas, y las tengo por basura para ganar a Cristo, y ser hallado en El, no con la justicia mía, la que viene de la Ley, sino la que viene por la fe de Cristo, la justicia que viene de Dios, apoyada en la fe...» (Flp 3, 8b-9).

- c) *Jesucristo, Señor del mundo y de la historia*
(año 61/63. Colonenses, Efesios, Filemón)

Son cartas desde la cárcel, *cartas de la cautividad* (cuatro años de prisión, dos en Cesarea y dos en Roma ¡son mucho en la vida de un hombre!). Pablo, reducido al silencio, con la libertad de movimiento perdida o bajo arresto domiciliario, tiene tiempo para remontarse hasta la Fuente, de donde salta y brota el Agua inagotable de la Vida en medio de tanta experiencia de sufrimiento, de mal y de muerte.

En la anterior etapa, él pensaba en la salvación, en la Iglesia, en la comunidad de salvados y elegidos. Ahora el objetivo se ha hecho más largo y más ancho y más profundo: se le ha descubierto Cristo en la plenitud de su Poder y de su Fuerza de Vida y de Resurrección, referido tanto a la historia como al universo.

1. *Carta a los Colosenses*: Los cristianos de esta Iglesia, tentados por ciertas elucubraciones judaizantes, corren el peligro y el riesgo serio de convertir a Cristo en un mero eslabón entre Dios y nosotros como tantos otros: los ángeles, las fuerzas ocultas, las potencias de este mundo y de otros...

El himno al Cristo cósmico (Col 1, 15-20) es la cumbre del pensamiento de Pablo. Llevado de su conocimiento y experiencia de fe en las Escrituras Santas, sobre todo en lo referente a la Sabiduría de Dios, sitúa a Cristo bendito en relación con su Padre Dios (¡El es el Hijo en quien reside la plenitud de la Divinidad!) y en relación con el mundo (¡El es el hombre por el cual y para el cual ha sido hecho todo!).

Desde ahí Pablo nos ofrece el sentido mismo de nuestra vida y de nuestra muerte humanas: mientras construimos el reino de la tierra, misteriosa pero verdaderamente, ya no hay nada que se escape de la influencia de Cristo, ya que ¡estamos también construyendo el Reino de Dios!

Todo esto es, sin duda, un desbordante río de luz, que se vierte y esparce sobre esta tierra, a la vez, tan atormentada y hermosa y, sobre todo, espacios y mundos, reales y posibles.

2. *Carta a los Efesios*: Es ésta una *carta colectiva a las Iglesias de Asia Menor*, toda ella una síntesis armoniosa del pensamiento más acabado y maduro de Pablo.

Hay un himno grandioso a Cristo, corazón y sentido del mundo, del hombre, de la historia y de la Iglesia. El *plan de Dios* es reunir a toda la humanidad en *un solo pueblo* que forme el *Cuerpo vivo de Cristo*.

Esta humanidad nuestra formará toda ella un solo cuerpo con Cristo, pero conservando su personalidad. Este cuerpo vivo de Cristo vivo es la *esposa de Cristo* igualmente, la *novia* que El ha adquirido al precio de su sangre. El mundo está ya reconciliado con Dios y todos los hombres entre sí.

3. *Carta a Filemón*: Es una carta de carácter personal, dirigida a la comunidad que se reúne en la casa de Filemón. Es el más breve de los escritos de Pablo, lleno de tacto, de ternura y cariño. El sentido y la práctica de la *fraternidad cristiana* llevan a reconocer el valor y la dignidad irremplazables de cada persona. Cuando este espíritu evangélico-fraterno-cristiano penetra, se empiezan a anular las castas sociales: «... para que ahora lo recobres (a Onésimo, el esclavo huido de casa de Filemón) definitivamente, y no ya como esclavo, más que como esclavo, como hermano querido; para mí lo es muchísimo, cuánto más va a serlo para ti, como hombre y como cristiano» (Filemón 16). Así las estructuras de este mundo «perverso», que pasa (1 Cor 7, 31), son rehechas desde las raíces más humanas.

Pablo proclama esto renunciando al autoritarismo y apelando al espíritu de Cristo: «Aunque por Cristo tengo plena libertad para mandarte lo que convenga, prefiero rogártelo apelando a tu caridad, yo, el viejo Pablo, ahora además preso por Cristo Jesús» (Filemón 8).

d) *Guardar el depósito de la fe y organizar la Iglesia*
(año 63. 1.^a y 2.^a Timoteo, Tito)

Que estos escritos hayan sido redactados por Pablo mismo o que sean su *testamento espiritual*, hecho por un discípulo suyo, poco importa.

Estas cartas son en verdad sus últimas recomendaciones a los *pastores de la Iglesia*, manifestando claramente sus preocupaciones en los últimos momentos de su vida: conservar intacta la fe y la fidelidad inquebrantable a Jesucristo tal cual se ha recibido de los apóstoles. Se descubre asimismo una cierta y básica organización de los ministerios o servicios en la Iglesia: episcopos, presbíteros, diáconos... Están diseminados en estos escritos o *cartas pastorales*, trozos de los cánticos o himnos de aquella Iglesia de los comienzos, que nos permiten abrirnos a su espíritu de adoración, invocación y alabanza.

e) *Carta a los Hebreos*

Sin duda, ésta es más bien una *homilía* que un discípulo de Pablo escribió y envió en torno a los años setenta a unos cristianos de proveniencia judía, ahora desorientados y desanimados.

Estos creyentes se habían adherido a Cristo de corazón y con entusiasmo. Vinieron después los tiempos de la nostalgia, de añorar el pasado: ¡las ceremonias solemnes y hermosas del culto judío!

Estos cristianos habían pagado con el sufrimiento la fe en Jesucristo, pero todavía les estaban viniendo nuevas dificultades. Y se sienten apesadumbrados y asustados: «... sacudámonos todo lastre y el pecado que se nos pega. Corramos con constancia en la competición que se nos presenta, fijos los ojos en el pionero y consumidor de la fe, Jesús... Meditad, pues, en el que soportó tanta oposición de parte de los pecadores, y no os canséis ni perdáis el ánimo» (Heb 12, 1-3).

Como cristianos de origen judío, se acordaban con nostalgia de las ceremonias del «día de la expiación». El autor de la carta les recuerda que el sumo sacerdote judío tenía que repetir aquella ceremonia todos los años. Cristo entró una vez para siempre delante de Dios y nos abrió definitivamente la entrada a El. Fue Cristo quien ofreció su propia vida, su propia sangre, por nosotros a Dios, nuestro Padre. Ahora a nosotros nos toca caminar, con los ojos fijos y el corazón vuelto a El, lo mismo que hicieron antaño los hebreos camino de la tierra prometida en la fe y en la esperanza, sin desánimos de ninguna clase, ya que nuestra fe se alimenta y vive de la inquebrantable Presencia, Jesús Resucitado, nuestro único y sumo sacerdote (Heb 7, 20-28)¹⁰.

¹⁰ J. M. GONZÁLEZ RUIZ, *El Evangelio de Pablo*, Marova, Madrid 1977.
A. BRUNOT, *Los escritos de San Pablo*, Verbo Divino, Estella 1982.

f) *El Apocalipsis*

El género literario de este libro es único en el Nuevo Testamento. No es nuevo en cuanto estilo de escribir, por cuanto la literatura apocalíptica del judaísmo era ya abundante. El Apocalipsis y el libro de Daniel son los dos escritos apocalípticos «canónicos» de la Biblia.

En tiempos de crisis, en los que la «fiera» (Ap 17) del poder, loco y divinizado, amenaza con acabar, «pistola en mano», dispersando «como las ratas hasta que no quede uno» y reduciendo al silencio mediante la calumnia y la muerte a quienes no pueden en conciencia arrodillarse ante los ídolos, surge con fuerza la *literatura de resistencia*.

Es el caso del Apocalipsis. Un autor, para manter la fe y la esperanza de los creyentes, intenta *desvelar* (*quitar el velo* = *apokalyptein* en griego) el término de la historia, descubrir lo que oculta el fin de los tiempos. Y esta *revelación* (= *apocalipsis*) es a la vez *pesimista sobre el presente* (este mundo está bajo el dominio del mal, es irrecuperable) y *optimista respecto al futuro* (al final Dios saldrá vencedor y re-creará a este mundo).

El autor de nuestro libro escribe hacia el año 95-100 d. de C., fingiendo escribir por el año 60. Hacia finales de siglo, Domiciano impone el culto al emperador. La «fiera» es símbolo del poder humano, dispuesto a «disponer» de la vida y de la muerte de los hombres.

Este Apocalipsis *cristiano* reconoce a Jesús, Mesías, como la clave de interpretación del mundo y de la historia. Por eso que sea un *libro* ante todo *profético*. Cristo es el vencedor y está ya actuando en el mundo.

La *celebración cristiana* es el lugar donde se encuentra ya ahora el Señor Jesús tal como será al final. Los *sacramentos de la vida* lo hacen ya presente desde ahora en nuestra vida de cada día. Tal es la certeza gozosa que toda celebración cristiana proclama, cree y vive.

El libro del *Apocalipsis* se presenta como *una meditación sobre la Iglesia*: Su vida depende del *Dios viviente*, dueño de la historia, de *Jesús*, el testigo fiel, y del *Espíritu*, que ora en ella. Se compone de tres partes: a) *La Iglesia encarnada* (Ap 1-3). Las cartas a las «siete iglesias», esto es, a través de las comunidades concretas a toda la Iglesia, son un «examen de conciencia» o «revisión de vida». b) *La Iglesia comprometida* (Ap 4-20). Después de haber situado la relación de la Iglesia de Cristo con Israel (el pueblo judío) (Ap 4-11), el autor nos muestra a la Iglesia en lucha y confrontación con las potencias humanas totalitarias (Ap 12-20). c) *La Iglesia transfigurada* (Ap 21-22). Explosión de gozo y alegría: «¡He aquí que hago un mundo nuevo!», exclama el Dios viviente. Se vislumbra ya el término de esa historia de amor: la Iglesia, novia del Dios viviente, purificada por Cristo, se adorna con los dones maravillosos que El

El libro adentra en el creyente una radical certeza: la historia humana tiene un sentido. La humanidad, en su marcha hacia la felicidad y hacia la vida en el seno de las luchas por el hombre, que emprenden creyentes y no creyentes, se ve arrastrada hacia su término por la Iglesia, que no tiene más que esta sola plegaria, que el Espíritu hace nacer en ella: «¡Sí! ¡Ven, Señor Jesús!» (Ap 22, 20).

Este libro, leído y proclamado, nos introduce en un clima de adoración, reavivando nuestra esperanza. Esta es la certeza de la fe para los cristianos, que impide desesperar jamás: ¡Jesús es el vencedor!¹¹.

g) *Jesús, la historia y la fe*

Nuestra fe en Jesús, Cristo e Hijo de Dios, no se basa en lo que el método histórico-crítico pueda decirnos de El de manera cierta. Este método nos hace conocer bastante de sus palabras y de sus gestos, de su vida y de su hacer, a la manera como nos puede informar de Sócrates o de cualquier otro hombre del pasado.

Este Jesús, ante todo, avanza hacia nosotros, los hombres, y nos sigue preguntando: *¿Quién decís vosotros que soy yo?* Responder a esta pregunta no es algo que el hombre pueda hacer desde la debilidad de su condición y naturaleza. «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo.» «Bienaventurado eres Simón, hijo de Jonás —replicó Jesús—, porque no te ha revelado esto la carne ni la sangre, sino mi Padre, que está en los cielos» (Mt 16, 16-17).

Nuestra fe descansa en las palabras y en los hechos de Jesús tal y como lo interpretaron los primeros testigos. Y esto son los Evangelios: retratos de Jesús, es decir, fotos suyas con pie de página. Estos retratos de Jesús son una interpretación garantizada por el Espíritu Santo: «El Paráclito, *El Espíritu Santo*, que el Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo y os recordará todo lo que yo os he dicho» (Jn 14, 26). «Cuando venga El, *el Espíritu de la verdad*, os guiará hasta la verdad completa, pues no hablará por su cuenta, sino que hablará lo que oiga y os anunciará lo que ha de venir» (Jn 16, 13).

Los Evangelios nos dan, pues, una interpretación de Jesús garantizada por el Espíritu Santo. Son ellos quienes nos revelan quién es hoy Jesús y cómo El sigue renovando a los hombres mediante sus Palabras de Vidas y sus hechos de salvación.

Los creyentes cristianos que pretendieran basar su fe en Jesús, en las palabras y en los hechos de este hombre de la historia antes de Pascua, negarían, de hecho, el alcance y el valor del Espíritu, que le reveló Viviente y Resucitado, descubriendo así el alcance de sus palabras y sus gestos; en suma: el sentido

¹¹ U. VANNI, *Apocalipsis*, Verbo Divino, Estella 1981.

de su Persona viva para siempre. Y esto sería negar el don del Espíritu, que puso —y sigue poniendo— en marcha su comunidad o Iglesia. Porque *el Espíritu* prometido vino, por eso pudieron *reconocer* y *aceptar* a Jesús en su hermosa y honda riqueza.

Saber del Jesús de la historia, es decir, antes de Pascua, no es fe, sino conocimiento, cultura. *Entender que Jesús ha resucitado* sólo es posible *dejándose iluminar el corazón por el don del Espíritu Santo* (Lc 24,32). La inteligencia ayuda a la fe ciertamente, pero ésta es un *acontecimiento de gracia* que habla al corazón.

La fe en Jesús es dejarse regalar su Espíritu, que lleva a reconocerlo como único Señor de nuestra vida y nuestra historia, siendo así salvados y justificados: «Nadie puede decir: '¡Jesús es el Señor!' sino con el Espíritu Santo» (1 Cor 12, 3).

La bondad de Dios y su amor por los hombres han aparecido en Jesús, el Cristo Salvador. Adherirse a El, que sale a nuestro encuentro, es la experiencia de la salvación (Tito 3, 4-6).

Creer en El es volver a nacer (Jn 3, 3-6)¹².

h) *Creemos en Jesús, el Cristo*

Creemos en Jesús,
nacido del Espíritu
y de María,
mujer creyente y pobre.

Creemos en Jesús,
crecido en esta tierra,
que trabajó con sus manos
y amó a los hombres
con ternura infinita.

Creemos en Jesús,
amigo de excluidos,
enfermos,
pecadores,
despreciados.

Creemos en Jesús,
que no fue de importante,
de influyente,
ni sabio.

Creemos en Jesús,
que fue, cual ningún otro,
testigo del Amor,
que es Dios, el Padre,
hacia los no queridos.

Creemos en Jesús,
que no buscó riquezas,
que vivió pobre,
a la escucha de Dios,
obediente a su voz,
continuamente.

Creemos en Jesús,
que tuvo un corazón
tan ancho y esponjado
en el que cupo
la ternura de Dios:
los herejes, los niños,
las mujeres,

¹² *Biblia y Fe* (Revista de teología bíblica, de la Escuela Bíblica de Madrid) presenta y estudia, a la vez, de manera experta y accesible los grandes temas de la fe cristiana en números monográficos.

cobradores de impuestos
y sencillos.

Creemos en Jesús,
que tocó con sus manos
la lepra y las heridas
de todos los postrados
a orillas del camino de la vida.

Creemos en Jesús,
que proclamó impertérrito
el derecho de Dios:
la pureza, el amor,
la justicia y el gozo,
la transparencia, el aire
para así respirar
como hijos suyos todos.

Creemos en Jesús,
que vivió haciendo el bien
sin ser reconocido.

Creemos en Jesús,
que fue acallado y muerto
por la maldad del mundo.

Creemos en Jesús,
que vivió incomprendido
por quienes lo seguían,
que fue considerado
como loco y blasfemo
por quienes no querían
que Dios fuese visible,
cercano, vivo y nuevo.

Creemos en Jesús,
colocado en la Cruz,
despreciado, indefenso,
cubierto por el odio
y la hiel de los hombres.

Creemos en Jesús,

a quien Dios agarró
del hondo del infierno,
del sepulcro de muerte
para darle la Vida
para siempre.

Creemos en Jesús,
cuyo Nombre resuena
en todos los rincones
de esta tierra dormida.

Creemos en Jesús,
nosotros,
que tenemos la suerte
de haberlo conocido,
de poder escucharlo
e ir en su Seguimiento.

Creemos en Jesús,
Aquel cuya Memoria
jamás será olvidada
por quienes lo llamamos
el Señor, el Hermano,
el Amigo, el Cercano.

Creemos en Jesús,
a quienes cantamos,
cuyo Pan repartimos
cada vez que, en su Nombre,
nos juntamos.

Creemos en Jesús,
en quien el Padre Dios
salió al encuentro Vivo,
con los brazos abiertos
para auparnos.

Creemos en Jesús.
Creemos a Jesús
como gracia y tarea¹³.

¹³ Este texto lo escribí para una Celebración Cristiana (17 febrero 1982) con motivo de la muerte del sacerdote teólogo Ricardo Alberdi.